

Prof. A. Schreitmüller: DESPERTAR

# LOS PENSADORES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

Lea Vd. este libro:

**EVARISTO CARRIEGO**



# MISAS HEREJES

VIEJOS SERMONES - ENVIOS - OFERTORIOS GALANTIS - EL  
ALMA DEL SUBURBIO - RITOS EN LA SOMBRA

# POEMAS POSTUMOS

LA CANCION DEL BARRIO - LA COSTURERITA QUE DIO AQUEL  
MAL PASO - INTIMAS - ENVIOS - LEYENDO A DUMAS - INTERIOR



SUPLEMENTO DE  
**LOS POETAS**

CADA EJEMPLAR  
**50**  
CENTAVOS

Exija esta edición. Un tomo de 160 páginas con retrato y biografía del autor. **50 centavos** el ejemplar.

DIRECCION POSTAL:  
C. DE CORREO 736

Administración:  
Independencia 3531  
U. T. 4999, Mitre

CAPITAL FEDERAL

# LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA  
:: ARTE, CRITICA Y LITERATURA ::  
Suplemento de EDITORIAL CLARIDAD

Director: ANTONIO ZAMORA

## SUBSCRIPCIÓN

Para todos los países  
de la convención postal  
AÑO \$ 2,50 m/n.  
En los demás países  
AÑO \$ 3,00 oro

Cada ejemplare 20 cts.

AÑO IV

Buenos Aires, Setiembre de 1925

N. 114

## AL MARGEN

### DOS PALABRAS MAS

Lamentamos que a la polémica de Boedo y Florida algunos o casi todos le hayan dado un carácter personal. Nosotros no queremos ni quisimos discutir a nadie. Se trataba y se trata más bien de discutir un punto de vista. Nosotros nos volvimos contra los otros, no porque ellos estuviesen en Florida y nosotros en Boedo, sino porque nosotros sentimos y pensamos distintamente que ellos. No era una cuestión de barrio como pretenden algunos, sino una cuestión de sensibilidad y de pensamiento. Le reprochábamos a ellos una punta de cosas que estamos dispuestos a ratificar. Nosotros iniciamos el ataque en "Extrema Izquierda" y no hemos cambiado de posición. Estamos todavía en la izquierda, en la extrema izquierda. Le reprochamos a ellos la carencia de ideales y de honestidad.

Hombres de 30 años, verdaderos mamelucos, le están cantando al pierrot o a la Caperucita Roja o añorando el velocípedo de la infancia. Hacíamos crítica y hacemos desde un punto de vista general y englobando a todo y a todos. A quien dijo gonzadas, le caímos. Nosotros no respetamos a nadie que no merezca nuestro respeto, sea joyen o viejo, esté con Boedo o en Florida, o en San Martín. La designación de Boedo y Florida era una broma familiar que ahora se nos está haciendo antipática. El día que borremos los nombres de las calles que aparentemente nos dividen, quedaremos lo mismo frente a frente, ellos y nosotros. Ellos serán otros, a lo mejor y nosotros también, pero el conflicto quedará pendiente. Ellos van por la derecha, y nosotros por la izquierda. Ellos están con Mussolini y nosotros con Lenin. No queremos hacer un cuerpo de doctrina con nuestras aspiraciones. Nos conformamos más que en señalar lo que se debe hacer: lo que no se debe hacer. No somos frailes blancos ni rojos. No aspiramos a encerrar a nadie en la jaula de hierro de ningún dogma. Pero sentimos en nuestro corazón una rebelión anárquica contra la cursilería y la mojigatería de la especie. Sentimos un estremecimiento continuo de continua rebeldía. Y sobre todo: nos sentimos libres. No tenemos intereses creados ni pensamos a sueldo de ningún diario, grande ni pequeño. Nos queremos sumar a todos aquellos que nacieron para revolucionar el mundo. Por eso, estamos en la izquierda y con todas las manifestaciones de la izquierda.

Y si a veces, citamos la Biblia, es porque Je-

sucristo fué el primer izquierdista de la historia.

Finalmente quedamos en esto: la polémica no es una polémica de barrio, sino de principios; nosotros no defendemos a personas, sino a una manera de pensar y de sentir y no vamos contra la cursilería de una publicación o de una escuela literaria, sino contra todas.

### ABD — EL — KRIM

Los moros atraviesan el momento más crítico de la historia de su liberación. Tres potencias aliadas—Norte América, Francia y España—se han lanzado como buitres a morder su carne. Los moros se han visto sorprendidos de golpe por una tormenta de gases asfixiantes, balas dundun y metralla. El disco de las potencias occidentales cuando se trata de los pueblos orientales es siempre el mismo: van a civilizarlos. Llevan la civilización. Es muy singular que inicien el acto civilizatorio con un bombardeo. Los europeos están empeñados en civilizar particularmente a los pueblos que tienen petróleo o carbón. De los pueblos que no poseen nada, no se acuerdan. Si Comodoro Rivadavia fuese una república independiente, Norte América ya hubiese tratado, hace tiempo, de civilizarla. Parece ser que solamente están sujetos a recibir los beneficios de la civilización las zonas que poseen minas u otras riquezas naturales.

Es muy probable que a Norte América le sobre civilización como para repartirla en Marruecos; a Francia también, pero a España: a España le hace falta. Es el pueblo más atrasado de Europa. Si estuviera en América, sería el pueblo más atrasado de América. Todavía no aprendió a vivir sin reyes. Necesita reyes eretinos y dictadores imbéciles, tipo Mussolini. La única persona que valía algo en España era Unamuno, y lo deportaron. Debe ser un país deshonesto cuando un escritor tan deshonesto como Blasco Ibáñez, se atreve a echarle en cara su deshonestidad. Todos los españoles inteligentes y honrados, lo primero que hacen, es salir de España. La crema de España está compuesta en la actualidad por toreros, curas y almaceneros. Cada día España se embrutece más, aunque los escritores españoles digan lo contrario. ¿Y este país atrasado y gobernado por un rey eretino es el que pretende civilizar a Marruecos?

Claro está que la civilización es un pretexto. Esta es una guerra fomentada y sostenida por los banqueros que han invertido sus caudales para explotar las minas del Riff. Y los pueblos

pagan con su sangre la culpa de su ignorancia. Nada se puede invocar para justificar una guerra tan abyecta y tan injusta. Ni siquiera el patriotismo. Los moros están en su casa. Son los otros quienes van a turbarlos. Y ellos se defienden de la misma manera que los atacan: a cañonazos.

Abd-el-Krin, discípulo de Trostki, es el alma de Oriente. En él han puesto sus ojos todos aquellos que esperan que la revolución social venga de Oriente. Abd-el-Krin es comunista. Por lo menos, así lo declaran los mismos diarios conservadores. El triunfo de los marroquíes implicaría entonces el triunfo del comunismo en una parte de Africa. Es decir: el triunfo de un ideal común, no a un grupo de hombres, sino a toda la especie humana. Abd-el-Krin representa el espíritu universal frente al patriotismo estrecho y egoísta de las demás naciones. Por eso estamos con él y anhelamos de todo corazón que le dé una paliza fenomenal a todas las potencias que en estos momentos tratan de hundirlo a él y a su pueblo.

¡Así pensamos nosotros los de Beedo!

## PUNTOLOGÍA

He aquí que en Buenos Aires se ha descubierto una nueva ciencia: la puntología. La puntología es la ciencia de puntuar. Galvez es un verdadero maestro de la puntuación. El sabe dónde va punto y dónde va coma y dónde punto y coma. Distribuye las virgulitas con una precisión de orfebre y una paciencia de presidiario. Pero, Galvez es en este sentido una víctima del medio ambiente. Nuestros críticos literarios son licenciados en puntología. Lo primero que exigen a un escritor es que puntúe bien. Lo segundo es una variación de lo primero. Y lo tercero una variación de lo segundo. Y el todo no es más que una consideración larga alrededor de la misma ciencia puntillosa y menuda que nosotros hemos dado en llamar puntología. Todo es puntilloso entre nosotros, o sea cuestión de puntos. La puntología se extiende al estilo y al contenido de una obra. En la vida se hace también puntología. El Pescatore di Perle ha gastado su brillante juventud, como quien dice, puntologizando. Digamos que la puntología en Buenos Aires, culmina en él y en sus discípulos.

Balbuena era un puntólogo notable. Murió, el pobre, sin cejas ni pestañas a fuerza de consultar enciclopedias, diccionarios y gramáticas. Balbuena ha hecho escuela, no obstante. Nosotros entendemos por puntología, ya, esa perspicacia mujeril que poseen algunos literatos para descubrir el puntito o la pajita o el pelito de una obra literaria.

La puntología tiene sus adeptos ya entre los críticos, ya entre los literatos. Entre los poetas, no se puede ser poeta ni se prescinde de tan noble asignatura. La literatura oficial tiene que ser forzosamente puntológica. Vale decir, retorcida y enfática, minuciosa hasta la embriaguez. Hay una serie de petímetros del idioma que se pasan la vida engomando las palabras. Los ultraistas no hacen más que sobar el cuero del diccionario. La puntología fomenta un medio de expresión libresco y falso. El que

es el suyo, no podrá nunca alcanzar el cielo de la sinceridad. Hemos conocido a muchos literatos que en la vida privada se expresan como carreteros y cuando escriben llegan al máximo del refinamiento puntilloso. No es posible ser tan refinado en las columnas de "La Nación" y un grosero en la avenida de Mayo... Aunque para los puntólogos no hay moral, ni inmoral: hay puntos bien colocados o mal colocados; esto es: palabras lindas y palabras feas; palabras lindas que se emplean en los diarios y en los libros y palabras feas que se gastan en la vida privada. Ven en la literatura un problema de palabras sonoras. Algo que suena. Pulsan el lenguaje como si este fuera un órgano o una pianola. Su preocupación fundamental es decir correctamente como las cotorras y no olvidar las comas. El supremo perfeccionamiento a que aspiran los puntólogos ya lo ha resuelto el inventor del fonógrafo. Pulen, pulen, siempre están puliendo. Se han prendido como burros a la noria de las cosas menudas y dan vueltas y más vueltas convencidos de que van arrastrando algo así como el carro del progreso o de la cultura.

¡Upa! ¡Upa!

Sigan tirando no más que nosotros vamos a seguir escribiendo con el mismo temperamento y el mismo vocabulario antipuntológico que nos caracteriza.

## REQUILORIO AL BURGUES DE PANCITA

Porque un día, como quien encuentra un billete en el suelo, encontraste una fortuna en tus negocios, — ¡oh! burgués de pancita, — dijiste que por fin tu trabajo había dado frutos. Y proclamaste que el hombre trabajador, si persiste, llega al bienestar económico. Lo cual es una solemne mentira. Porque tú sabes — ¡oh! burgués de pancita — que no es el trabajo el que enriquece sino el saberse aprovechar de él, con la astucia y la mentira y aún la cobardía. Que aquel que se arrastra servilmente tiene hasta la ventaja de recoger las monedas que se pierden. Porque hasta ahora no se sabe que las monedas caigan hacia arriba.

Y sabes bien — ¡oh! burgués de pancita — que el primer paso hacia la fortuna te llenó de estupor, porque aunque la ambicionabas no la esperabas; y que este estupor disimulaste diciendo con una falsa entonación enfática que esa fortuna que entraba por las puertas de tu comercio, era una consecuencia lógica de tu trabajo, cuando en verdad era el producto de tu moral miserable que el azar favorecía. Porque también hay miserables morales sin fortuna. Pero son como los que no juegan y tienen la secreta esperanza de acertar un número que no han apostado o de llevarse un dinero que no han arriesgado.

Y tú sabes — ¡oh! burgués de pancita, — que el que estaba a tu lado trabajaba más, trabajaba denodadamente, mientras tú sonreías y aguardabas a la fortuna para pescarla en tu red de mentiras. Y eras sonriente y afectuoso con los que habían de entregarte sus almas, como esos animales que enamoran primero a la víctima que ha de servirles de alimento. Y

HUEGGER

apenas pudiste disponer de dinero, todos tus apetitos se desbordaron. Y en lugar de disponer del dinero que tenías — ¡oh, burgués de pancita — dispusiste de tus semejantes que lo necesitaban. Y tu dinero no te sirvió para disfrutar de la vida, porque tú no entendías esto. Y así, por tu dinero te rodeaste de hombres serviles a quienes tenías el derecho de insultar y vejar. Y en el amor tuviste por tu dinero la prerrogativa de babear y escarnecer a la virgen, a la novia, a la hermana y aún a la madre, que te odiaban y te admitían por tu dinero. Porque tú decías que el trabajo daba siempre buenos frutos; pero en la práctica te contradecías porque únicamente dabas tu dinero sin tasa a los que se prostituían para halagarte. Y así, el artista prostituída su arte para que tú le apoyaras con tu riqueza. Y la mujer aceptaba lo ignominioso y el hombre renunciaba a ser amigo de sí mismo y a respetarse.

Y todo esto — que no es poco — lo has hecho tú ¡oh! burgués de pancita — y por tu dinero el vicio tiende una garra sobre la fragilidad de la vida humana.

El hombre de ciencia complica sus estudios, inventa enfermedades, compone específicos ineficaces, etc.; el fraile viste de seda a Jesús de Nazareth que no llevó sino harapos; el hombre cubre su roña espiritual con buenas maneras que venden en las Universidades; y cada minuto que transcurre — por tu dinero, ¡oh! burgués de pancita — el hombre se aleja más de sí mismo y ya no se preocupa más que de su representación social.

¡Oh! burgués de pancita, dijiste que el trabajo tiene recompensa pero demostraste lo contrario. Por tu moral, que los hombres aceptan como buena, están llenas las cárceles y los hospitales y la ciudad misma es una cárcel custodiada por carceleros que sólo ceden ante tus monedas. Y en esta ciudad-cárcel se venden la luz y el aire, y la belleza y los hombres que sostienen tu moral se han ingeniado hasta para comerciar con el dolor. Y si pudieran recoger las lágrimas que vierte la pobre gente harían buenos negocios. Que no hay nada que no esté manchado por tu baba inmunda: — ¡oh! burgués de pancita — y si los prostíbulos chorean su luz blanca y triste en las cuerdas negras de miseria, por tu culpa es, por tu máxima culpa, ¡oh! burgués de pancita. Y si las mujeres abren sus entrañas al escupitajo del que tiene dinero, por tu culpa es; y si hay hombres que han perdido su norte y se entretienen en despanzurrar a sus semejantes por su dinero, por tu culpa es; y si hay hombres que venden a la madre y trafican con la novia y con la hermana, y si existen miserias sin cuento, por tu culpa es, por tu grandísima culpa.

Y has hecho todo esto, ¡oh! burgués de pancita, para tener en vida tus calientes pantuflas, tu estufa, tu cama, tu casa, en fin, con las comodidades todas de su condición burguesa; y acaso te olvides de que como el bueno y el doliente y el que renunció a todo lo que tú tienes, para no dañar a los otros, también tú ¡oh! burgués de pancita, te vas a pudrir en una fosa y los gusanos, van a pulular en tu inmunda carroña, hasta que te conviertas en polvo, por los siglos de los siglos. Amén.

La música, el ruido y los fatales garbanzos

La obra musical de Honegger carece de todo sentimiento. Está construida por la inteligencia del hombre con exclusión absoluta de su corazón. Es lo exterior, lo superficial y chabacano en arbitraria forma. La originalidad de este y otros autores modernos consiste en haber puesto en música lo que no es de la música. La simplicidad del motivo no es la deseada simplicidad, sino una forma grosera y primaria de lo común. Para Honegger la simplicidad musical se reduce a la imitación del ruido. No hay en su obra belleza lírica, ni emoción, ni gracia. Es crudo y disonante. Si se puede decir de esto que es nuevo, no se puede afirmar que sea bello. Por otra parte, esta simplicidad de expresión es complicación instrumental. Se deduce de esto que, conociendo a fondo la técnica y careciendo en absoluto de sentimientos e ideas, no teniendo que decir, en pocas palabras, ha realizado, como la mayoría de los contemporáneos, una obra destinada a provocar asombro y no emoción.

La historia de la locomotora es una vulgar imitación de ruidos, inteligentemente instrumentados. Pero es triste que una orquesta tenga que descender a este vil trabajo de jazz-band. Por otra parte, es tan torpe esta música, que tan bien "pinta", que con el mismo criterio que el autor sustenta la historia de una locomotora, podríamos decir nosotros que es la vida en un taller de metalurgia o cualquier otra cosa por el estilo.

"Roi David" que se quiere hacer pasar por una gran obra, es una pieza frustrada. El autor no tiene la envergadura que se requiere para salir airoso de esa empresa. El poema es hermoso. ¡Qué no hubiera hecho Wagner con esos motivos! Honegger flaquea en todo momento. Su música no dice de las grandes pasiones, de la violencia, del dolor, ni tiene hondura religiosa, ni trágica. Es una música pueril y caprichosa. Honegger no debió bajo ningún concepto musicalizar un asunto que no comprendía ni sentía y que, siendo tan magnífico, resultó de una monotonía desesperante. Falta en "Roi David" la elocuencia serena y justa de la sinceridad. Honegger parece no sentir las cosas del espíritu. No olvida, ni siquiera en beneficio de la obra, que se ha empeñado en el propósito de aparecer original. Y es la suya una originalidad premeditada. Además carece de gracia. Y su música siempre balbuciente y caprichosa, a veces ridícula, contribuyó a empobrecer aún más la aspereza y monotonía de los loros.

Pero si artísticamente fué un fracaso el estreno de esta obra que el público no entendió, en cambio contribuyó a que se realizara en la sala del Politeama una brillantísima reunión social, que dijéran las crónicas de los diarios.

Distinguidas damas de la aristocracia lucieron descote y pierna en el escenario, recitaron en francés, cantaron en francés, lo cual es distinguidísimo. Y todo por el arte, por la sublimidad del arte. En fin, que el dinero lo ha echado todo a perder. Ya no se puede confiar ni en un maestro como Ansermet, ni en nadie que tenga probabilidades de tener algo más que las ratas.

ENTUSIASMO DE UNA

DAMA CHILENA :: ::

El príncipe de Gales ha despertado más de un entusiasmo entre las damas de este lado y del otro lado de la cordillera. Se sabe la historia de más de un marido que se siente feliz porque su majestad lo ha hecho cornudo. Se sabe la historia de más de dos maridos que se han disgustado porque a uno lo hizo después que al otro. La mayor aspiración de toda niña decente, aquí, durante su permanencia, hubiera sido obsequiarle a él lo que tanto le mezuquina, si a mano viene, a su novio.

Veamos un telegrama que le remiten de Chile a "La Nación":

"Santiago. — El príncipe al partir para Valparaíso, dió un efusivo abrazo al presidente Alessandri. Una dama joven, vestida de negro, se abrió paso entre los miembros de las comitivas que rodeaban al príncipe y dirigiéndose a éste, le dijo: —Perdóneme, príncipe...  
"Antes de que el viajero pudiera salir de su estupor, la dama le dió un estrecho abrazo."

Esto porque era en público; si hubiese sido en privado, tal vez, tal vez...

Total: se trata de un príncipe... (Ahora pensamos en la cantidad fabulosa de principitos que vamos a tener por aquí dentro de 9 meses.)

LOS NIÑOS PIDEN

UNA ESTATUA MAS

Un poeta altruista acaba de lanzar la idea de levantarle un monumento a José Hernández, autor del poema gauchesco titulado "Martín Fierro". Una revista acogió la idea e invita a todos los literatos del país, sin distinción de color — blancos, negros y mulatos, — a contribuir a tan magnífico propósito. Según dicha revista, Martín Fierro "es la obra clásica por excelencia de nuestra literatura", y, su autor "el creador más original que hayamos tenido". Según la misma publicación, también, no solamente fué un gran poeta Hernández, sino asimismo Ascasubi, Echeverría y Guido y Spano. Todas las maestras de escuela sostienen lo mismo. Los payadores coinciden con el juicio de las maestras y nada sorprende que los altruistas coincidan con los payadores. El hecho es el mismo: lo que cambia es el *ista* que lleva pegado el individuo o su condición social.

Hay glorias consagradas que nadie se atreve a revisar. Desde ya descartamos nosotros a Echeverría, y a Guido y Spano. Solamente pueden creer en la poesía de estos poetas los restos que aún quedan de sus respectivas familias. La mitad de nuestras glorias nacionales — como Mitre — siguen siendo glorias gracias a que todavía queda gente platuda que lleva su apellido.

José Hernández constituye para nosotros una de esas glorias falsas que tarde o temprano tendrán naturalmente que desaparecer. Decir que Hernández es un poeta, es insultar gratuitamente a la poesía. Hay que distinguir la poe-

sía, de la versificación y la versificación de esa macarrónica criolla que se llama milonga. Hernández era un payador, un payador de tierra adentro, tipo Betinotti. No respira ninguna belleza el llamado poema de "Martín Fierro" y es una mentira que pinta "nuestras costumbres" ni nada "nuestro". Los milongueros no se ajustan nunca a la verdad histórica porque no saben lo que es la verdad ni lo que es la historia. Los milongueros y payadores son una suerte de analfabetos de la peor enjundia. Ellos cantan por cantar; como quien dice: por darle gusto a la garganta. Mientras no salen del campo o de la cantina, son inofensivos; pero cuando ganan la ciudad y el libro, se hacen intolerables. Es de suponer por esto la impresión que nos produce un milonguero célebre de quien se habla o se escribe constantemente.

La llamada poesía de Hernández es demasiado vulgar para ser leída o recitada por gente culta. Extraña que los morfinómanos de nuestra literatura que están siempre con el caramelo de la "música verbal" en la boca, le rindan semejante culto. No hay nada más contradictorio que el refinamiento verbal de los morfinómanos y la plebeyez de la milonga criolla.

Si Martín Fierro no se salva por la forma menos se salva por el fondo. La filosofía de Hernández es una filosofía de Courtelin o de Perogrullo. Soiza Reilly posee mayor elevación de espíritu para opinar. Es una filosofía barata y pedestre. Es repetir en verso lo que nos dicen en prosa todos los días el almacenero, el vigilante de la esquina, la lavandera y el barrrendero. "No hay mal que dure cien años". "Todo bicho que camina va a parar al asador". "Hasta la hacienda baguala cae al jagüel con la seca". "Agarrate Catalina que vamos a galopar". "Aquí me pongo a cantar, con la guitarra en la mano". "No hay zonzó más zonzó que el enamorado". "Si te agarro te hago barro" "Si te piso te hago guiso", etc., etc.

Y todo así desde el principio al fin. La filosofía de Hernández es falsa como lo es el gaucho mismo. El gaucho fué un producto híbrido entre la civilización y la barbarie. No fué ni una cosa ni otra. Ni civilizado ni salvaje. Por no tener definición étnica la civilización lo borró en poco tiempo. Porque el gaucho ya no existe más que en el teatro nacional. Para carnaval suelen salir algunos a la calle que los chicos se encargan de correr a pedradas. El gaucho ha sido un engendro funesto para la civilización y para la literatura. La "creación" de Martín Fierro, es el prototipo del gaucho ignorante, milonguero y borrachín, que ya, a Dios gracias, se lo tragó el italiano, el judío o el español. El gaucho era la filoxera de las pampas. Un parásito sin inteligencia y sin aptitudes que se pasaba la vida arriba de un caballo o peleando, chupando, bailando y tocando la guitarra. Si los norteamericanos hubiesen venido por acá, habrían verificado una limpieza más completa que los gringos. Martín Fierro es un gaucho pendenciero y charlatán. Toda su rebeldía finca contra el extranjero porque éste no le da de comer para que él pueda seguir rascándose contra su caballo la sarna de su pereza fenomenal. Es el gaucho soberbio y trompeta que odia a la policía y después termina en comisario de policía. Pero, Hernández lo desfigura. Martín Fierro es un gaucho noble y rebelde y héroe. Protesta

porque le han quitado las tierras: las tierras que él no trabajaba ni pensaba trabajar. Protesta porque no lo dejan tomar mate tranquilamente, o porque no lo dejan correr carreras de sortija. Dijimos que el gaucho — símbolo nacional — carecía de inteligencia, pero mejor hubiese sido decir que era un imbécil y un inútil. Por eso el extranjero laborioso e inteligente acabó con él. ¿Qué ha quedado del gaucho? El ombú y las boleadoras, el mate y la guitarra. Luego, la historia de su poltronería. Hacía el asado con cuero por no quitarle el cuero al asado. Amaba el ombú por no hacerse un emparrado y edificaba ranchos porque no era capaz de construir casas. Inventó el mate para matar su aburrimiento. El gaucho era supersticioso y haragán. Y en el libro de Hernández no se dice nada de esto.

Nosotros no tenemos nada de común con el gaucho ni con el aborigen. Nosotros somos trabajadores, ellos unos atorrantes; nosotros somos inteligentes, ellos eran unos idiotas.

¿Qué queda entonces de Hernández? La vida de Hernández, fué la vida de un hombre vulgar. Todas las anécdotas que de él se cuentan son vulgarísimas. ¿Entonces?

Nos quedará la estatua. Sí, la estatua que seguramente esculpirá Zonza Briano.

## WELL... COME Y EL

### PUEBLO PAGA :: ::

En "Crítica" vimos una caricatura tristemente graciosa. Un desarrapado hambriento leía uno de los muchos carteles luminosos que dieron la bienvenida al príncipe, e interpretando aquel *Wellcome* ígneo por el lado que más le preocupaba, exclama:

—¡Quién fuera Well.

Vamos a reírnos un poco. Si, primero vamos a reírnos del pobre infeliz que ideó el dibujante en su deseo de pinchar con la punta acerada de su lápiz el corazón indiferente de los que van a pasear su hartazgo bajo los arcos de la iluminación; luego vamos a ponernos paulatinamente serios para considerar este chiste desde un punto de vista fúnebre.

Y en esto nos vamos a sentir cansados — que no es lo mismo que vencidos, — de preguntar siempre los mismos ideales y de comprobar que, al cabo de centenares de años, el hombre sigue siendo tan animal como en los comienzos de la idolatría. Estos dos hechos aislados nos lo prueban: una mujer del pueblo, analfabeta, cree en la magnificencia de los príncipes y llena de esperanzas, se hace escribir una carta donde pide socorros a su indigencia; una niña de la pequeña burguesía, **Ernestina Gómez Cadret**, trémula, sofocada, en el colmo de su idiotez, le pide al príncipe... su pañuelo.

Y hemos dado en pensar en la falta de sentido común que hay en el mundo.

En la ciudad hay todavía barrios que carecen del indispensable hilo eléctrico, de obras de salubridad, de agua corriente, de calles y veredas, de hospitales y de mil cosas más que son tan necesarias como el pan. En pleno centro de la ciudad abren sus puertas las inmundas ratoneras de los conventillos. Y mientras el gaucho se muere de hambre y de hambre, el

gobierno democrático, republicano de nuestro país, derrocha a 100.000 pesos en lucecitas de colores para agasajar al heredero del imperio más repugnante del mundo.

## DIVAGACIONES COTUFANTES SOBRE LAS NEREIDAS FILENOSAS

Una escritora cursi cuyo nombre o sobrenombre no menos cursi — Emma Lydia Mary, — escribe un artículo en "El Hogar" que se titula: "El amor después de la guerra". Hemos leído algunos párrafos saltados, por lo cual no nos enteramos del contenido del artículo, suponiendo que tenga contenido. (Nosotros no leemos nunca a las mujeres por principio, ni a los literatos maricas. Nos agrada tener comercio intelectual con los varones de raza: nada más). Llama nuestra atención, primero el título: "El amor", etc. Las mujeres creen que la literatura y el amor son una misma cosa. La palabra amor en boca de una mujer, no significa lo mismo que en las hojas de un diccionario. Ellas designan lo que no se puede nombrar con la palabra amor. Y alrededor de esa materia tan pedestre ellas tejen sus desvaríos literarios. No hay una sola de las tantas poetisas consagradas que no esté enferma de lujuria y que no dé vueltas constantemente alrededor de la carne, y sus apéndices. La imaginación más exaltada de una poetisa no es capaz de trasponer nunca los límites del dormitorio... Allí anda ese prodigio cerebral que se llama Alfonsina Storni, mirándole el pescuezo a los varones en el tren o sorprendiendo las patas de algún sátiro en Mar del Plata para luego empezar a divagar en verso sobre la complicación de una cosa tan sencilla. Generalmente, las que escriben en verso, son unas hipócritas que no se atreven a proceder en prosa. Las mañas felinas de la mujer en las esferas bajas de la vida ordinaria, son las mismas mañas de la mujer en las esferas elevadas de la vida abstracta. La mujer, física o metafísica, cocinera o poetisa, es mujer siempre. Lo único que le queda para hacerse perdonar todos sus pecados, es la humildad. Pero lejos de hacerse humilde la mujer cuando escribe se hace más soberbia todavía. No hay mujer más intolerable que una literata. La mitad de la gloria de ciertas poetisas es una gloria conseguida penosamente en un dormitorio o en varios. Los críticos que las consagran no siempre trabajan para la posteridad: a veces trabajan por su cuenta...

Pero dejemos en paz a éstas y volvamos a la señora o señorita Emma Lydia Mary.

En un párrafo de su artículo que no leemos y el cual sorprendemos al vuelo, dice así:

"Por un lado nos encontramos con ese estúpido médico de policía Freud, citado por todos los escritores cursis de Boedo, Florida y Floredo." A renglón seguido añade otra insolencia mayor. De que en Florida haya cursilería, no lo ponemos en duda; pero en Boedo, en Boedokaina, eso sí que tiene gracia. Luego que una escritora cursi hable mal de la cursilería, es cosa que no tiene nombre.

No nos sentimos ofendidos, en el fondo, de la invocación. Es muy agradable sentirse llamar imbécil por un idiota.

**EL LITERATITO VELETA**

El literato veleta por definición es el señor Leopoldo Lugones. Pero este poeta bufón, como lo llama Vasconcelos, ha dejado su herencia. Y esta herencia la han recogido algunos de los muchachos que aspiran a tomar carta de ciudadanía en la República de las letras, como dijera el "imaginífico" poeta Sullivan (Q. E. P. D.) El literatito veleta, pues, tiene un rasgo característico. Se enrola frívolamente en las filas de cualquier escuela literaria. Como no tiene cabeza propia, ni ideas, ni sentimientos, piensa con la cabeza del jefe máximo de la escuela. Ahora, si en la tendencia A., el literatito no tiene gran porvenir, pasa de un salto a la tendencia B. Si decía estar con Zola, acompaña ahora a Jean Cocteau. Si antes estaba contra el rey, dice ahora que la tiranía es una necesidad política. Bueno; él no lo dice, sino su jefe. Porque el literatito no sabe todavía andar solo. Mejor dicho no puede. Es tullido. Tiene que ser llevado. Hoy lo llevará el ultraísmo, mañana el fifiismo o el idiotismo.

A causa de su impotencia el literatito veleta está siempre del lado que el sol más calienta. Se anticipa a elogiar a los que más tarde le llevarán en andas. Escribe libros adulones y ensaya poses serviles. Denigra a los que elogió y no le pagaron este trabajo de alcahuete y con la misma inconsciencia elogia a los que escupía anteriormente. Es pobre de espíritu y ruín de pensamiento. Capaz de plagio y de usurpación. Si un escritor de fama le escribe unas líneas de cortesía, usa la carta como prólogo de su primer libro. La envidia le roe los huesos. Es servil e inmoral. No hace carrera. En el mejor de los casos se hace director de un periódico de barrio y sufre la manía de las persecuciones.

**SOBRE DIOS...**

La reina madre dirigió un telegrama de felicitación a Primo de Rivera por el triunfo de los españoles en la campaña del Riff. Al final decía: "yo le pido todos los días a Dios que haga triunfar a los españoles". Así, textualmente decía: "yo le pido todos los días a Dios", etc. La reina madre ignora quizás, que el triunfo de unos implica la derrota de otros, y que la derrota va acompañada siempre de la destrucción y de la muerte. Por cada batalla ganada son miles y miles de hombres que se pierden. Una guerra es un crimen colectivo. También, ignora esto. Y Dios no puede amparar nunca el crimen ni puede ver con buenos ojos la obra nefasta de los asesinos. No sólo Dios repudia la guerra, sino que también sus hijos predilectos la repudian.

A medida que el hombre degenera y se perverte, pervierte y degenera sus ídolos y sus creencias. Hoy se ha puesto a Dios al servicio de los intereses subalternos. Dios es una especie de protector de la economía doméstica. Hay quien le pide 10 pesos y quien le pide mil. Entendiendo que Dios entiende de todo, hay quien tiene la desfachatez de pedirle un empleo. Las prostitutas y los mercachifles le piden a Dios que aumente el haber de sus ingresos. En materia de rancor, las peticiones no tienen límite.

Uno le pide que le rompa una pata al otro, éste que arruine a aquél. Si Dios hiciera caso a todos, en poco tiempo acabaría con la especie humana. La justicia se halla prostituída. El concepto de la justicia, también. Impera la hipocresía tanto en la realidad concreta como en las esferas abstractas del pensamiento. Se es falso cuando se obra y cuando se piensa. Cuando estalla una guerra, todas las potencias le ruegan a Dios que aniquile a sus enemigos. En semejantes trances todos se confían en Dios y... en los cañones. Parece ser que la idea de Dios no está reñida con las infamias más siniestras. Se ha visto a grandes asesinos y mariscales invocar a Dios. Hubo un salteador de caminos célebre, que antes de ir a descuartizar a los viajeros, le pedía a Dios que le ayudara en su empresa. La reina madre, ofrece en ese telegrama un símil desesperante. ¿Qué idea tendrá formada de Dios esta señora que le propone a Dios tamaña carnicería? ¿Es que Dios no sabe que la guerra es una carnicería espantosa? ¿O es que Dios no sabe lo que está escrito?

¿No está escrito que Dios ha hecho a todos los hombres iguales—carne de su carne, sangre de su sangre— y que todos somos hijos de Dios? ¿No está escrito que "el que a hierro mata a hierro muere"? ¿Y no está escrito también que "no matarás a tu prójimo"?

¿Entonces? ¿Para quién se escribió esto? ¿Para los que creen en Dios o para los que no creen en Dios como nosotros?

**ENSAYO SOBRE EL PRINCIPE**

Hay quien se alegra de que el príncipe de Gales haya venido a la Argentina sólo porque ha violado en más de una ocasión las reglas sociales. Los que así se alegran, son muchos y se estiman por democráticos, y estiman por democrático al príncipe; porque creen que las reglas sociales son aristocráticas, y que, al violarlas se hace burla de las costumbres de la aristocracia. Dicen: he aquí que ha venido un príncipe, un aristócrata de verdad, y se le da un camino de los protocolos de nuestros aristócratas empecatados. Así habla el sentido plebeyo que no es necesariamente el buen sentido, sino muchas veces no más que el despecho plebeyo.

Si es cierto que el príncipe ha ido con zapatos de cuero amarillo y con cuello postizo blanco a un baile, no es cierto que haya hecho eso por democrático; y no hay que alegrarse con una falsa opinión acerca de un príncipe que tiene en tanto, como cualquier otro príncipe su condición dinástica. Porque un hombre sea llano y sencillo, no es fuerza que piense democráticamente. Que un hombre parezca por las maneras democrático, no implica que lo sea; puede pensar muy aristocráticamente. La llaneza y sencillez vienen antes del temperamento que de las ideas... Y los democráticos que dicen que les simpatiza el príncipe por esas maneras, confiesan así que en el fondo se admiran de que un príncipe se muestre como un hombre ordinario, y revelan tener la idea de que los príncipes son seres excepcionales; no por accidente sino por esencia; y que por eso cuando un príncipe se digna parecer como un hombre ordinario, hay que admirarle y aplaudirle; cuando en rigor debía ser todo lo contra-



## LOS PENSADORES

rio: un príncipe que se conduce como un hombre ordinario, da pruebas de que no merece ser príncipe, que no es capaz de justificar con los méritos excepcionales de su persona el rango que se le ha conferido. A lo cual se dirá que con ese criterio rara vez se encontrará hombre que merezca ser príncipe y regir a un pueblo, y que no debiera haber reyes. Es cierto esto. Son muy raros los reyes que han merecido serlo y por eso la realeza ha acabado por desacreditarse.

El príncipe de Gales no ha de ser mirado como un príncipe excepcional, como se le ha mirado; porque en efecto parece un hombre del común. Antes ha de considerarse uno de los muchos príncipes que lo son sin razón alguna: porque evidentemente Dios no le ha hecho sino hombre del común. Porque la sencillez del príncipe no es que sea una virtud de un hermoso entendimiento, sino llaneza de un entendimiento que está poco edificado. Porque por entender poco, el príncipe entiende más de caballos que de hombres, y sería mejor compositor de un *stud* que conversador en un salón culto. A menos que se confiese que la simplicidad, la poca cultura de la mente, el amor turfista de los caballos, la negligencia en las reglas sociales (así sean sólo protocolares), son virtudes, y que si es príncipe quien las tenga, se hará perdonar su alta condición a los ojos de los del pueblo; a menos que se confiese esto, no puede haber otra razón para regocijarse de que haya tal príncipe como éste en el mundo, ni que haya en verdad ningún otro príncipe de los que se conocen. Porque el protocolo, el príncipe lo viola no como quien viola un mero protocolo, sino como quien viola un deber; porque el príncipe no tiene otros deberes.

De lo único de que en realidad pueden alegrarse las gentes sinceramente democráticas a la vista del de Gales, es por la prueba viviente que ofrece de que los príncipes no tienen razón de ser. Porque un guarango, aunque sea simpático, es siempre un guarango; y un atolondrado, no ha de merecer que le toleren que sea príncipe porque es atolondrado; ni un príncipe atolondrado tiene por qué parecer más estimable.

Por otra parte, un hombre, cuando se siente adverso a ciertas costumbres ha de evitar el trato de las gentes que las tienen, a menos de que intente persuadir a los que la practican de que las cambien. Pero cuando no hace moda de esto, sino que se presenta a una reunión de estas gentes con una traza que es contraria a las reglas, y hace eso en un país que no es el suyo y donde carece así de autoridad como de responsabilidad y donde sólo pueden mostrarle condescendencia, por hospitalidad; entonces, no es valiente ni liberal, porque nada arriesga; antes peca de indiscreto, revela carecer de condescendencia recíproca; y finalmente da a entender que su orgullo es tan grande, tan desmedido, que por ser príncipe cree que entre los demás hombres le está permitido singularizarse aunque sea su singularización un reproche o una violencia. Nunca ha sido el príncipe más príncipe por lo caprichoso que cuando, burlándose de la etiqueta social, se presentó a un baile vestido a la *sans façons*.

Nunca ha estado el príncipe más antidemocrático que cuando ha parecido democrático a las gentes ingenuas y guarango a la aristocra-

cia vanidosa. Nunca ha estado más desdeñoso que cuando se ha mostrado demasiado amable. Se ha conducido, en fin, como un mal educado, aunque lo han educado bien: ha hecho eso por desprecio a los demás. Y ha demostrado que no es capaz de cumplir ni con las reglas y formalidades que son lo único que en el mundo se le pide para tenerle alimentado y bebido como príncipe.

Esas trazas exteriores nada demuestran por lo tanto del espíritu democrático del príncipe. Demuestran que este como casi todos los príncipes, es un joven calavera, acaso simpático a primera vista, como suelen ser simpáticos los calaveras e inútil como suelen ser los calaveras. Pero así como un hombre por ser juerguista no adquiere títulos para ser príncipe; así un príncipe que es un juerguista no se merece por eso su título más que cualquier otro juerguista.

Y la única manera de que un príncipe dé pruebas de ser personalmente democrático es que renuncie a su condición de príncipe. En el menos extremo de los casos, tratándose de un príncipe inglés, la manera de demostrar que por lo menos no se juzga superior a los demás hombres por sus privilegios, es que cumpla con sus pocos y tontos deberes protocolares, ya que no tiene los de gobernar sino solamente los de figurar. Por consecuencia no es más que un insolente en la Argentina, donde viola las costumbres, este príncipe que en su país no se atrevería a violar ni la más estúpida de las formalidades cortesanas, que allá hasta los laboristas convienen en respetar.

## UNA ENCUESTA PARA ZAMPATORTAS Y SISTEMESIVOS

No hay nada más estúpido que una encuesta. Cuando la gente reunida se aburre, el más estúpido de la reunión propone una encuesta. Cuando una revista se aburre, apela al mismo procedimiento. Y es de ver luego como salen de aquí y de allí, personas a quienes uno creía sino inteligentes, por lo menos sensatas, rivalizando en decir gonzadas. A veces, en aquel lugar sagrado "adonde el mismo rey va solo y de a pie", ojeamos "El Hogar" — la mejor revista del mundo, según dicen los vigilantes y los changadores — y nos tropezamos siempre con una encuesta levantada entre los literatos, la cual descansa en dos preguntas que solamente se le pueden ocurrir a un discípulo de Anatole France:

1.ª—¿Qué héroe de novela le gustaría ser a usted?

2.ª—¿Por qué?

Y es de ver cómo contestan todos y qué contestan. El primer interés de esta encuesta consiste en que junto con la contestación aparece el retrato — un retrato genial, histórico — del encuesta *do* y la firma — una firma impecable. Se ha hecho notar que los que mejor firman son los que escriben peor. (Véase la firma de Evar Méndez o de Fausto Burgos o del señor Melo). Aquellos que más se retratan son los que menos producen. Retratarse para uno, no es una vanidad, pero retratarse para los otros es una vanidad imperdonable. La menor o mayor vanidad de quien se retrata se puede sacar luego por la

## LOS PENSADORES

pose. Los literatos en punto a fotografía, son más vanidosos que las mujeres y los pintores.

En cada número de la susodicha revista aparece siempre la fachenda de muchos genios. Algunos ponen cara de infelices, pero estos son los menos. Otros ponen cara de románticos o melancólicos o pederastas. La respuesta que dan no tiene importancia; lo importante es lo otro: el retratito y la firmita.

Vale más pasar por alto lo que dicen y lo que desean. Por ejemplo: Glusberg—un merechiflo que se quiere hacer pasar por literato—desea ser el héroe de una obra de Israel Sanwil, cuyo protagonista es un pobre diablo. (Sería una aspiración respetable, si ya n o lo fuera): Otro señor llamado Iglesias, quiere ser Gargantúa para subirse al pasaje Barolo y hacer desde allí no sabemos qué porquerías. Pero, el más fenomenal de todos es un pobre diablo — este sí que es un pobre diablo de verdad, porque el otro es un pícaro que sabe hacer negocios — que se llama González Arrili, y que quiere ser "Protasio Lucero", el héroe de una novela suya que así se llama porque él la puso así. Este Protasio Lucero, producto de l. imaginación de un zanahoria, tiene que ser un imbécil. No nos cabe la menor duda sobre esto ,aunque no hemos leído dicha novela. Es como si Josué Quesada quisiera ser el héroe de una novela suya. Está bien ser imbécil por obra y gracia de la naturaleza, pero eso de aspirar a serlo por elección propia, no tiene perdón de Dios. Después de todo no hay que irritarse contra los literatos nuestros: ellos son como son porque no pueden ser de otra manera y aspiran a ser lo que son. O a perfeccionarse dentro de lo que son. ¿Cuál puede ser el ideal de Martínez Zuviría? Un Martínez Zuviría elevado a la última potencia.

El único valor que le vemos nosotros a esta encuesta es un valor psicológico: así se retratan "ellos" dos veces: moral y físicamente.

### JUAN PEDRO CALOU

El 8 de setiembre cumpliése el segundo aniversario de la muerte del poeta Juan Pedro Calou. Primere vamos a recordarlo para el obreiro; porque a Calou debemos muchas páginas de protesta contra la sociedad humana. Calou contrariamente a lo que se hacía y se hace, se dirigió no al cerebro del obreiro sino a su corazón. Apeló no a su raciocinio sino a sus sentimientos. Indicó al hombre la conveniencia de sufrir, de renunciar por nobleza a aquello que podría ser útil al hermano. Explicó que la revolución debería traer la liberación moral, no la abundancia y el bienestar económico que se deben desdeñar. Estuvo con Rusia cuando no se creía en Rusia.

Bueno; ahora vamos a recordarlo para el literato. Dijo que el arte es para el hombre y no para una aristocracia de hombres. Que el ensueño y la divagación deben tener una amarra en tierra ,porque lo terrenal es lo bueno; que hay que quemar las vanidades porque cuando el arte se toma como un noble trabajo en pro del perfeccionamiento del hombre, todo motivo de vanidad no tiene razón de ser.

Era un artista de corazón. Contrariamente a lo que hacían los poetas románticos que abominaban de la carne y de las cosas terrenales para establecer sin dificultades su condición de

elegidos. Calou proclamaba en sus poemas la exaltación del hombre y de las cosas del mundo.

Hace dos años que murió en la edad en que mueren los apóstoles. Tenía treinta y tres años.

### DESTILERIA DE VENENO

#### CONTRA RUSIA :::: ::::

La rusofobia es una enfermedad de la cual se contagiaron, a raíz del triunfo bolshevique, las cuatro quintas partes de la humanidad idiotizada por el capitalismo. El mundo insensato se lanzó contra Rusia con ánimos de exterminar el arbolito maximalista que Lenin regaba con su incomparable sabiduría. De nada sirvieron todas las piedras lanzadas contra el tierno árbol. Este se convirtió en plátano frondoso cuya sombra cobijó al vasto imperio moscovita y cuyo fruto codician todos los trabajadores conscientes que luchan con fe y esperanza en el porvenir para que generaciones futuras vivan libres de la gangrena del imperialismo capitalista.

Hoy es una realidad tangible el afianzamiento del régimen socialista, y tal vez por eso mismo, cuando los grajos aminoran sus graznidos contra Rusia, por estériles y contraproducentes, el epéndice de "La Prensa", "La Razón", en su sección "Cómo está el mundo", destila diariamente veneno contra Rusia y contra todo lo que tenga contacto o atingencia con el comunismo. Los epítetos más groseros desfilan por las páginas de ese diario, contra Rusia y el comunismo. El lenguaje que se emplea para hablar sobre Rusia en las páginas de ese diario, defensor de las causas perdidas, camaleón por tradición y temperamento, es un lenguaje que surge de la cloaca máxima que capitanea Tartarín de Tarascón. Las diatribas de "La Razón" contra Rusia, hacen hoy el mismo efecto que las coeces del asno a la luna.

Mal que le pese a "La Razón", el régimen que ella defiende ha perdido toda la razón y será inútil el sortaleo y los rebuznos.

### Carta de B. Sanin Cano

Buenos Aires, 19-VIII-1925.

Señor Director de LOS PENSADORES. —  
Capital.

Muy señor mío: Conmovidó por la excesiva y cálida benevolencia de las líneas que su bien nutrida Revista ha querido dedicarme, no puedo menos de ofrecerle el testimonio de mi agradecimiento. Bien sé que no merezco tanto, pero el hallar eco en el corazón de la juventud, al cabo de muchos años de labor temeraria, compensa horas amargas y tiñe de colores plácidos el futuro.

Créame siempre su afectísimo y reconocido servidor.

B. Sanin Cano.



# Apostillas a la vida literaria



— 3 — por LUIS R. VISCONTI — 3 —

## CLASICISMO Y MODERNISMO—

Podrán despreciar la gramática y hacer buidibrio de la retórica — en arriesgados vuelos futuristas o en inverosímiles posturas bufonescas — quienes ni la retórica ni la gramática conocen, mas para aquellos que apreciar saben la armónica trabazón de las palabras y gustan de descubrir la adecuada concatenación fraseológica — cuando palabras y frases son, en realidad, exactos expresivos reflejos de bellas ideas, de pensamientos robustos, de nobles sentires — para esos, aunque sostengan lo contrario, improvisados predicadores que pretenden innovar, remozando “el anticuado oficio de las letras” — así dicen ellos — habrá eternamente, en la expresión de las palabras y en la estructura de las frases, una fútil inmutable belleza, derivada de su misma esencia, de su arquitectónica construcción y de lo que son y significan para el pensamiento humano.

Poco simpáticas resultan, pues, las nuevas escuelas, rayanas en un loco desarticulado futurismo, así como los vagos ensayos expresionistas del novecentismo literario que pretende encubrir la falta de valores intelectuales con las extravagancias risibles de un estilo dislocado y disfrazar la pobreza de sus concepciones, la ausencia de sólidas ideas, la falta de ideales alentadores, con la máscara audaz de un forzado escepticismo sofístico.

No significa lo antedicho que nos encerremos de cal y canto, empecinados, dentro del más riguroso clasicismo, contrabalanceando así el modernismo desmedido de que otros hacen gala; ni que no miremos gratamente nuevas corrientes fecundantes que, despojadas de lo deleznable y falso que pudieran contener, han de enriquecer en día venidero el abundoso cauce del gran río común, el arte; ni significa, tampoco, que desesperemos hasta llegar a abominar de una meritoria obra literaria, por ejemplo, porque en su lectura hayamos tropezado con este vocablo galicano, con ese afeador dislate, con esotro solecismo molesto o con aquella anfibología turbadora. No. Respetemos la estructura idiomática y la riqueza lexicográfica del generoso vocabulario cervantino, mas no padezcamos por ello ceguera y sepamos, por el contrario, ver el fondo de la obra, su espíritu mismo, la intención y sinceridad que en ella albergó el autor, la dedicación e interés que empleó para burilarla, toda esa anímica esencia, en fin, que es aura vivificante que anima y presta armónico colorido a la obra realmente artística.

Clasicismo y modernismo, pues, son vocablos diametralmente opuestos cuando de materia ar-

tística se trata, y parece, en verdad, imposible armonizar de consuno ambas tendencias, en una extraña malgama. Por otra parte, tan malo sería alistarse, en una como en otra de ambas disímiles corrientes, de modo definitivo, y debe ser nuestro propósito entonces compulsar ambas en prolija disquisición, contemplando, con sereno criterio desapasionado, en la una lo inane de algunos de sus formulados preceptos y en la otra la ínsita arisca elación que a menudo usa para juzgar doctrinas consagradas; en la una — valga la reiteración — la serena belleza inmutable de algunos conceptos, y en la otra el entusiasmo único, la esperanza inmovible, el ánimo emprendedor, tesoro juvenil que si lleva a veces a malandanzas y acora el espíritu, conduce, en cambio, en otras ocasiones, a la anhelada incitante meta.

## “NOSOTROS LOS JOVENES”—

Una reciente nueva edición de la valiosa obra de Hans Wegener intitulada “Nosotros los jóvenes” presta, en grado mayor o menor, relieves de actualidad a la presente noticia bibliográfica.

Queremos sólo poner de resalto, en esta ocasión, la indudable utilidad de la mentada obra del autor germano y, también, la corrección, la sinceridad, la concisión, de que ha echado mano Wegener al trazar las convincentes páginas de su aludido libro.

En “Nosotros los jóvenes” se encara — lo dice el subtítulo aclaratorio — “el problema sexual del joven soltero”, tema que no puede ser de mayor interés ni de importancia más grande, llegando el autor, entre muchas atinadas conclusiones, a una que quizá no lo es tanto y que disuena con los nuevos pensamientos en marcha: al afirmar, en forma rotunda, que el único amor lícito es aquel consagrado por los lazos del matrimonio... Hoy, la bendición sacerdotal está pasando de moda y lo mismo sucederá algún día con las firmas al pie de un papelito... Porque hoy, como ayer y como siempre, lo sostenido por Wegener no puede ser considerado como verdad inconcusa por los hombres de corazón cuyo espíritu no atan caducos prejuicios religiosos o egoístas rutinas interesadas.

No significa nuestro formulado reparo que condenemos la obra comentada: bien lejos de ello nuestro ánimo, como lo dejamos claramente asentado en los párrafos liminares. Debemos, finalmente, destacar el acierto y serenidad de criterio de que hace gala Hans Wegener al pergeñar su libro, especialmente en lo que toca a determinados capítulos, como los

titulados "El honor del hombre en nuestro tiempo", "Dicha y trabajo" y algunos otros.

UN CONSEJO DE HORACIO—

De la muy conocida "Epístola a los Pisones" transcribimos el siguiente atinadísimo consejo:

"Tú, Pisón, que tienes cordura y sano juicio, no digas ni escribas nada a despecho de Minerva, y si algo escribieres, somételo al juicio de Mecio, de tu padre y al mío, y guarda nueve años los manuscritos en tu cartera.

"Podrás corregir lo que no hayas dado a luz; pero la palabra pronunciada ya no puede recogerse."

De seguir tal admonición, al pie de la letra, ciertos escribidores frailecos y la bajuna legión de fabricantes de novelas semanales, ¿cómo beneficiarían — en forma negativa, se entiende — a las letras nacionales!

Mas hacen todo lo contrario, y así elaboran sus obrillas con criterio idéntico al del zapatero que fabrica sus calzados, sin ningún noble aliciente intelectual, sin otra ambición que el mezquino inmediato interés.

Es que olvidan o desconocen la horaciana advertencia:

"...Y guarda nueve años los manuscritos en tu cartera."

"TANGARUPA"—

No nos proponemos, en los presentes escasos renglones, trazar un completo juicio crítico sobre "Tangarupá (un lugar de la tierra)", el nuevo libro de cuentos de Enrique M. Amorim, pues pensamos que otros lo harán, con autoridad mayor que la nuestra, mas no queremos, empero, dejar de expresar nuestro aplauso. Porque la reciente obra del autor de "Las Quitanderas" es un libro de recia textura, de diálogo vívido, de acertada observación, de bien manejado lenguaje y de sano realismo.

"Tangarupá", que ostenta una notable ilustración de Sirio — casi todas las ilustraciones de Sirio son notables — es uno de los mejores libros publicados en nuestro país en lo que va del año, si bien no es este último el mayor elogio que se le puede formular...

Obras como ésta de Amorim son, en fin, las que se precisan para robustecer la feble adolescencia en que están viviendo las letras nacionales.

*Luis Ricardo Visconti.*

Buenos Aires, Setiembre de 1925.

---

Una ciudad como la nuestra donde ha tomado tanto incremento la lechería, tiene que ser por fuerza, una ciudad anémica. Buenos Aires es triste porque la inmensa mayoría de sus habitantes sufren de hambre.

## ENCUENTRO

*Por Juan Pedro Calou*

*En homenaje a la memoria del gran poeta publicamos este poema póstumo aún inédito.*

Y bien, otra llorosa que me tendió la mano,  
que me buscó los ojos,  
que penetró en el mundo violento de mi pecho  
el mismo día en que dudé de todo.  
Aquí está y yo no sé para qué vino,  
ni si en próspero tiempo ha de alejarse  
o si en la angustia me dará su alivio.

Vino y no hay más: para mi pecho fácil  
eso basta. La pena, si la hubiese,  
sólo en mí pese, pues no opuse nada  
a la primer caricia de su mano.  
Vino y no hay más: cumplidos quedaremos  
con la próxima suerte; nos hallamos  
sin ignorar que el tiempo hará lo otro:  
la grata esposa o el amor ligero.  
Pero si vienes por un día... entonces  
yo no sé, francamente, lo que anhelo,  
no sé porqué, solícito, aspiraba  
a lo que es dicha en otros y es tan bueno:  
a la fidelidad pura y continua.

Será preciso que, a mi vez, te diga:  
en el amor mi madre es mi maestra,  
respeto en el discípulo confiado  
todo lo grande que él respeta en ella!  
Asómate a los bordes de mi pecho  
con la credulidad con que yo escucho  
la maternal palabra; que yo mismo  
siempre obré como en nombre de mis padres  
y sentí que la dicha de mi casa  
reposaba en mis actos; te lo digo  
con la franca entereza con que se alza  
el muro familiar lleno de flores!  
Necesito, en verdad, de tu confianza  
porque yo soy filial y debo serlo,  
y si tú no confías ¿en qué forma  
te mostraré cómo me siento bueno?  
Cuando mires mis ojos no te olvides  
que mi madre está en ellos plenamente,  
que contemplas un largo sacrificio  
sin una sola queja por la suerte!

Ya ves cómo repito sus palabras  
cuando te digo: estás aquí y me basta,  
no sé para qué vienes ni si un día  
te deberán juzgar los de mi casa.  
Sé que has llorado y lloras y que existen  
dos ojos inocentes que mañana  
revelarán también lo que has sufrido:  
nada más necesitó, esto me basta!  
Dejemos nuestra vida hasta más tarde  
y si en esos dos ojos encontramos  
alguna gratitud, será bastante  
para saber al fin, que nos amamos.  
...El muro familiar lleno de flores  
aún no se habrá secado.

# LOS ELEGIDOS DEL SEÑOR

Quiénes eran los ebreos. — Sangrientas hazañas de Moisés.  
Inmoralidad de Abraham y su familia.

— por J. RODRIGUEZ CASANOVA —

A los que todavía creen en la santidad de la Biblia y, por consiguiente, en las relaciones de Jehová con los hebreos y su elección de los mismos para fundar su pueblo predilecto, les parecerá muy justa y acertada la elección; pero los que colocan dicha obra entre las producciones humanas, encuentran demasiado dudoso que Dios escogiera a los peores hombres de la tierra para propagar su fe, y les inspirase los actos de barbarie y crueldad que las Escrituras le atribuyen.

Todos los grandes hombres de Israel tienen una historia vergonzosa y sombría. El propio Moisés, que tan destacado papel desempeñó en el inmenso drama bíblico, era un personaje siniestro y trágico, digno de la fama de Atíla, y Abraham, el padre de aquel pueblo vagabundo, era tan vil y canalla que comerciaba hasta con los encantos de su mujer, ejemplo que su hijo Isaac siguió al pie de la letra, según veremos luego.

Podemos asegurar que no fué Dios el elector de los hebreos, sino ellos mismos. No pudiendo hacerse famosos de otra manera, se titularon *El pueblo de Dios*, dando pruebas de una insensatez verdaderamente "judía". Ninguna persona cuerda, ningún individuo que no padezca locura religiosa, creerá que Dios pudo escoger a unos esclavos sempiternos para hacer de ellos sus hijos favoritos. ¡Los hebreos, que fueron el pueblo más grosero y atrasado de su tiempo, convertidos en depositarios exclusivos de la confianza divina!

Si Dios hubiera hecho realmente esa elección, además de un grave desacierto, habría cometido también una enorme injusticia, porque siendo todos los hombres hijos suyos, no podía escoger a un pueblo determinado para dispensarle especialmente sus favores. Tampoco podemos concebir la necesidad de semejante selección, cuando aun no habían transecurrido cuatro siglos desde la terrible purificación de la humanidad por el diluvio, pues eso demostraría la inutilidad de aquel castigo y, por lo tanto, un nuevo error de Elohim.

Al atribuirse la preferencia divina, los hebreos colocaron al Creador en el compromiso de elegir a sus colaboradores terrenales entre los hombres de su pueblo. Por eso le encontramos siempre en compañía de una serie de bandidos que la Biblia llama patriarcas y profetas, pues de un pueblo ignorante y bárbaro, que unas veces vivió de la esclavitud y otras veces del pillaje, era imposible sacar varones esclarecidos y virtuosos, cosa que aun hoy resulta harto difícil.

Pero lo más extraño de esta historia lo constituye el hecho de que los hebreos estuvieran persuadidos de la protección divina a pesar del olvido en que Dios los mantuvo casi siempre, como lo prueban las repetidas esclavitudes que sufrieron y las expediciones gitanas que realizaron por los desiertos de Arabia. Tan inquebrantable fe en una ayuda hipotética, es la prueba más acabada de la inaudita estupidez de aquellos hombres, porque creerse protegidos por el Cielo y vivir constantemente en la desgracia, es lo mismo que figurarse millonario y tener que pedir limosna.

## II

El origen del pueblo hebreo se remonta a unas hordas de bandidos nómadas que, acauadas por Tharé, habían acampado en Haram, lugar de la Mesopotamia, después de las grandes emigraciones de las tribus senúticas y demás pueblos primitivos, yendo a establecerse en Egipto bajo la dominación de los Reyes Pastores, donde sufrieron una larga y pesada servidumbre a la que puso término Moisés desencadenando sobre aquel país diez plagas espantosas.

Este procedimiento, tan extraño como cruel, nos sugiere un concepto muy pobre de la Divinidad. Se tiene la impresión de que Dios no es bastante poderoso para obligar al Faraón a dar la libertad a sus esclavos, y le lleva repetidos ataques, a la manera del general que asedia una fortaleza. Revela asimismo una maldad muy grande, puesto que el castigo alcanza a los animales y a todos los primogénitos egipcios que no tenían culpa ni podían ser responsables de la opresión hebrea.

En este episodio llama especialmente la atención el empeño que a última hora puso Jehová en libertar a su pueblo del yugo faraónico, bajo el cual lo dejara gemir durante doscientos cincuenta años sin acordarse de él, y creemos que no valía la pena abrumar a los egipcios con tantas calamidades, para permitir que los fenicios, los asirios y los caldeos volvieran a esclavizar a dicho pueblo, y que los romanos acabaran por dispersarlo definitivamente.

Tales sucesos han comprometido seriamente la palabra de Jehová, que había prometido a los judíos en la persona de su primer patriarca, una posteridad tan numerosa como las estrellas del cielo y el polvo de la tierra, la posesión "in sempiternum" del territorio

que media entre el Nilo y el Eufrates, de cuya promesa resultaba claramente que la vida y grandeza de Israel serían eternas. Y bien; los judíos nunca dominaron ese vasto país, su independencia nacional duró escasamente cinco siglos, y hoy sólo quedan, como representantes de aquel pueblo miserable, unos cuantos usureros y mercachifles diseminados por todo el mundo.

En la salida de Egipto hay todavía otros hechos desconcertantes, por ejemplo: La competencia que hicieron a Moisés los magos aquel país que, sin contar con la ayuda del Cielo, repitieron los milagros realizados por él. Dichos magos trocaron sus bastones en serpientes, cambiaron en sangre las aguas del Nilo y produjeron una nueva invasión de ranas, tal como lo hiciera el gran profeta judío.

La temeridad con que el Faraón desafió la cólera divina es otra cosa que llena de estupor. Después de resistir a las diez plagas como si se tratara de diez batallas campales, alista su ejército y sale en persecución de los hebreos para disputarle al mismo Dios la soberanía de su pueblo; y sospechamos que no lo hubieran pasado muy bien los fugitivos a no mediar el milagroso desastre del Mar Rojo, cuyas aguas acaban de cruzar aquéllos a pie enjuto... por el istmo de Suez.

### III

Moisés, que bajo la dirección divina había realizado portentosos milagros para arrancar a sus hermanos de Egipto, fué incapaz de darles una patria, y los condujo a un desierto — ¡uada menos! —, donde erraron por espacio de cuarenta años disfrutando de una vagancia inefable, pues hasta la comida les llovía del cielo. ¡Oh, tiempos! Suponemos que esa alimentación providencial se haría extensiva a los ganados, porque los israelitas llevaron consigo grandes rebaños.

La ciega, la inquebrantable fe que siempre tuvieron esos hombres en su Jehová, a pesar de las amargas experiencias a que los sometía continuamente, sufrió una grave crisis en aquellas regiones desoladas, donde se hicieron idólatras y paganos, rindieron culto a Moloch y adoraron un becerro de oro construído con las joyas de sus mujeres. Sin embargo, Jehová, que se mostró tan rígido y severo en otras ocasiones, no se incomodó por este extravío de sus protegidos y continuó enviándoles el raquíutico y azucarado *maría*.

Pero Moisés, que durante estos sucesos se encontraba en la cumbre del Sinaí, sufrió una cólera terrible cuando al descender de la montaña se enteró de lo ocurrido. Mandó quemar el becerro de oro, que debía ser una miniatura del Buey Apis, y obligó a los idólatras a beber sus cenizas mezcladas con agua, ordenando, además, el acuchillamiento de veintitrés mil israelitas como acto de desagravio al Cielo.

Moisés fué un legislador draconiano y un

juez injusto y arbitrario, lo que viene a demostrar que la espada de Themis nunca funcionó mejor que la carabina de Ambrosio. No se explica el degüello de veintitrés mil personas sobre dos millones de culpables, que tal era el número de individuos que componían aquella extraña caravana, y el perdón de su hermano Aaron, que era el mayor responsable como sacerdote supremo y como fabricante del ídolo. Rómulo, dando muerte a su hermano por haber saltado el surco del recinto de Roma, dió pruebas de ser tan bárbaro como Moisés, pero también de ser más recto que éste.

Vamos a ofrecer otra muestra de la justicia y rectitud del iluminado profeta hebreo, que lo revela como el más vil de los asesinos. Después de decretar las guerras de exterminio y de rapiña, ¡Santo Evangelio!, manda invadir el país de los madianitas, cuyos hombres son degollados y saqueadas sus haciendas. Hace matar a los niños varones y las mujeres, pero perdona a las vírgenes que en número de treinta y dos mil son distribuídas a los sacerdotes y combatientes. Debemos convenir en que esta recompensa valía más que las cruces y medallas que le cuelgan a los héroes modernos; pero he aquí que Moisés, verdadero precursor de Judas, hace degollar a veinticuatro mil individuos por su comercio carnal con las mujeres que acababa de entregarles.

La enormidad de este crimen se agrava por la circunstancia de ser el propio Moisés culpable de igual delito, pues durante su permanencia entre los madianitas, en cuyo país se refugió al huir de Egipto por haber dado muerte a un súbdito del Faraón, el vándalo judío contrajo matrimonio con una mujer de aquel pueblo llamada Sephora, contraviendo así las costumbres de Israel que prohibían tomar esposa de otra raza.

### IV

Antes de hablar del libertador de Israel, veamos ocupado de su fundador, pues aunque no goza de tanto prestigio y renombre como aquél, bien merece que le dediquemos algunos párrafos. La victoria que alcanzó en Sodoma sobre las fuerzas de tres reyes, con sólo ciento diez pastores, basta para hacerlo famoso y acreedor a nuestro humilde homenaje. Verdad es, sin embargo, que tales victorias eran episodios corrientes en aquellos tiempos, pues Gedeón, a la cabeza de trescientos hombres armados de lámparas y cántaros, derrotó a un gran ejército.

Pero el gran patriarca israelita tiene otros títulos más importantes que los triunfos militares para hacerse acreedores al comentario, son sus éxitos "diplomáticos" conquistados en Egipto y en Gerara. Para evitar que los reyes de estos países le hiciesen matar a cau-

sa de la extraordinaria hermosura de su mujer, que contaba noventa años, la hizo pasar por hermana suya, medida muy acertada, porque habiéndose prendado dichos monarcas de esta belleza casi centenaria, la mandaron conducir a sus sarrallos. ¡Qué escasez de doncellas habría en aquellas cortes!

Abraham obtuvo como precio de las caricias de su vampiresca Sarah, cuantiosos bienes en ganados, siervos y dinero. Este comercio no sería muy honorable, pero tenía la doble ventaja del lucro y la seguridad personal del marido rufián, y así debió comprenderlo Isaac, el cual, siguiendo el edificante ejemplo de su padre, hizo pasar a Rebeca por hermana, y ésta fué a parar lo mismo que su suegra, al íarem del rey Amielech a cambio de unos cuantos burros y camellos.

El conocido refrán: "De tales padres, tales hijos", tiene plena confirmación en esta ilustre familia, pues Jacob, hijo de Isaac y padre de las doce Aribus, no desperdió las lecciones de sus ascendientes. En efecto, él se rebeló un consumado usurero explotando el hambre de su hermano para arrebatarle el derecho de primogenitura a cambio de un plato de lentejas, y un audaz impostor aprovechando la ceguera de su padre para hacerse pasar por Esaú y usurparle la bendición paterna que aseguraba la protección del Cielo, en cuya infamia le secundó eficazmente su dignísima mamá.

Debemos admirar la obediencia y generosidad de Sarah que no vacila en prostituirse en los sarrallos egipcios y filisteos para salvar a su cobarde consorte, generosidad que contrasta con el egoísmo de este canalla. La abnegada esposa llevó su condescendencia tan adelante, que, sintiéndose demasiado vieja — no obstante lo cual trastornaba a los reyes con sus encantos —, le entregó la sierva Agar para que se divertiera con ella. ¿Qué mujer sería hoy tan complaciente con su marido? La tolerancia de Jehová ante la ineficaz conducta de su protegido, es cosa que no podemos comprender. Nos asombra que perdone las infamias de este grandísimo bribón y que castigue en cambio al pobre Abimelech, víctima de un engaño y de una burla sangrienta, puesto que Abraham le entregó como hermana una mujer que era su esposa y además estaba encinta.

Nos sorprende igualmente que Abraham y su mujer reciban con burlones carcajadas la profecía divina sobre el nacimiento de Isaac, sin que Elohim se moleste por ello, y que después de concederles un hijo suspendiendo las leyes de la embriogenia, les exija el sacrificio del mismo para poner a prueba su fe. La duda del patriarca que se resiste a dar crédito a la palabra de Dios, podría, tal vez, explicarse; pero la duda divina al recurrir a un experimento para conocer el corazón humano, es algo que nadie podrá explicar jamás. Esta misma falta de la sabiduría divina se obser-

va cuando Dios autoriza a Satanás para abrumar a Job con las mayores calamidades, a fin de probar su lealtad.

Terminaremos este artículo recordando un episodio que completa el elogio del virtuoso padre de Israel. Después de abusar de su esclava Agar, haciéndola madre de Ismael, la arroja al desierto con su hijo sin más efectos que un pan y un odre con agua; lo suficiente — dice un crítico — para que la infeliz no muriese a las puertas de su tienda. Tales son los principales actos del hombre elegido por Dios para hacerle padre de su pueblo y bendecir en él a todas las naciones de la tierra. La historia humana nos presenta muchos monstruos como éste, pero no tenía la pretensión de estar guiados y protegido por el verdadero Dios.

S. Rodríguez Casanova.

Buenos Aires, septiembre de 1925.

## Dos traducciones de Marcos Fingerit

A LA VENTANA

Inflamó los árboles el otoño. El jardín  
Tuerce bajo el cielo gris su inmóvil incendio  
Que riega finamente, fría y recta, la lluvia...  
Será hoy necesario asirme de la mano.

Será necesario, para que el alma quede en  
El tierno presente, y no se escape, errante,  
Hacia un lejano octubre,  
Cuyo viejo rostro me hace recordar éste.

Para que mi lenta mano y mi frente lasa  
No vayan en los árboles del pasado a apo-  
(yarse;

Para que mis ojos no lloren agonías  
En la roja dulzura de los otoños muertos.

BRUMA

La muselina de la bruma  
Se enreda a los árboles de invierno.  
Melancólicamente se expande  
Este blancor turbio en el aire.

Perdió el horizonte su línea,  
Y tras el cristal lloroso,  
Sin flores, colores, ni aromas,  
El jardín transido resígnase...

¡Puedan resignarse, como éste  
Jardín anegado, los pechos  
Sin alegría en que se expande,  
Como una bruma, la amargura!

Lucía Delarue Mardrus.

# MANIFIESTO

Francia, la victoriosa, que lloró ante el mundo cuando Alemania amenazaba devorarla, se ha aliado con ESPAÑA para abatir a los MOROS que luchan por su libertad e independencia.

Ambas potencias simbolizan en la hora presente la rapiña y la tiranía.

El capitalismo del mundo necesita esclavos — y en esto están de acuerdo monárquicos y republicanos — e impide que se lleve a término una paz que restituya a los moros la libertad.

En esta emergencia, los escritores y artistas de la izquierda, se hacen un deber en declarar al pueblo:

- 1.º Que se adhieren sin reservas a la causa de ABD — EL — KRIM, haciendo votos por el triunfo de los soldados rifeños y la independencia de Marruecos.
- 2.º Que verían con júbilo la revolución social de la ESPAÑA que venera a Unamuno.
- 3.º Que acompañan a Enrique Barbusse en su vibrante protesta contra la inicua guerra del imperialismo francés a los moros.

**“El grupo de extrema izquierda”**





## En la Exposición de Artes Decorativas de París han rehusado el clavicordio decorado por Bernard Naudin

Desde hace algún tiempo, en los talleres y en los sitios donde se reúnen artistas, se habla de este incidente. Ello ha tomado proporciones escandalosas y alarmantes: es mayúsculo, descomunal!

El Comité de la clase de los instrumentos musicales se ha rehusado admitir el clavicordio decorado por Bernard Naudin con el pretexto — dado por M. Caressa o por M. Joubert, tal vez por los dos juntos — que “la obra no es moderna.” M. Vincent d’Indy protestó de su admiración por el artista y por el instrumento; M. Frances Carnot juntóse con él diciendo “que una obra de Naudin será siempre una obra de Naudin; por consiguiente, una obra del día...” M. Caressa y M. Joubert les han hecho razonar. Ellos se han llevado los votos y ciertas dimisiones: el clavicordio de Naudin ha sido rehusado puesto que no es moderno!

Esos dos vaticinadores, con su inteligencia al respecto de las necesidades artísticas del día y su ciencia de la música, nos dirán tal vez cómo conciben ellos un clavicordio moderno.

Acaso entienden que el instrumento debe tener una forma nueva, cubista, neo-mameluco, neo-mulata o neo-baduina? Entonces admitimos sin discusión que un artista que puede tenerse por uno de los maestros más deliciosos del arte francés no debe arriesgarse a decorar tal instrumento. Pero entonces, también, será necesario, para que esta caja de embalaje sea verdaderamente moderna, que en él no entre ninguno de los materiales con los cuales estaban compuestos los clavicordios del siglo XVIII, ni cuerdas de acoso, ni teclas, ni pinzas, nada! Y al aplicar hasta los últimos límites la modernísima ley promulgada por los señores Joubert y Caressa, se deberá también modificar el vocablo *clavicordio*. Por consiguiente, este instrumento no tendrá más sus entradas en la clase diez y ocho.

Fortalecidos con esta lógica intransigencia, la de dichos señores, igualmente, se impondrá a la guitarra amorosa, a la vihuela de pierna, al arpa laüt, al violín mismo, al piano, en fin a todos los instrumentos de nuestras orquestas, y habrán, de golpe y porrazo, suprimido la clase 18, puesto que no place a esos jueces; los instrumentos del *jazz* que ellos imaginan probablemente los más modernos, tienen ramificaciones mucho más viejas que el mismo clavicordio: el bombo y los platillos datan de los buhos antiguos y descienden directamente de la cacerola y de la sartén de freír, instrumentos conocidos de la más vieja civilización.

¿Los señores Caressa y Joubert esperaban que en agradecimiento hacia ellos pondriase una decoración moderna en un instrumento de obligatoria forma vieja? Un concierto en las cloacas de París con personajes forrados de goma?

Por lo demás, hay que decirlo: han rehusado el clavicordio decorado por Bernard Naudin sin haberlo visto, puesto que aún no está montado.

Pero podemos revelarles que no tiene las patas cuadradas ni retoreidas, que está hecho con una madera admirable sobre la cual el artista ha trabajado durante tres años, y que su decoración se compone de pastores y de pastoras, de personajes de canciones y de comedias, de marquesas músicas, de amorcillos y de soldados; todo eso que en un concierto de música vieja o moderna evoca un mundo, lo más encantador y lo más tierno.

No veremos, pues, ese clavicordio en la clase 18, que pierde así un raro joyel, pero lo veremos en otra parte, en la exposición; y se habrá beneficiado con un escándalo del cual no tenía necesidad alguna para que fijáramos en él nuestro interés.

Gastón Chéran.

# Polémica entre Manuel

Señor director de LOS PENSADORES:

No por mí, sino por dos excelentes muchachos: Olivari y Stanchina, deseo rectificar algunas falsedades del suelto de L. B. (Leónidas Barletta), publicado en el último número de la interesante revista que usted dirige.

Decir que Olivari y Stanchina han escrito el libro sobre mi obra con el único objeto de lograr mi amistad y disponer de mi influencia, es una maldad incalificable. Por lo pronto, yo no tengo la influencia que supone el señor Barletta. Ni poseo los millones de Larreta (por el contrario, suelo pasar por graves aprietos financieros); ni soy decano de Facultad como lo fué Rojas; ni ocupa una posición importante, pues apenas si soy un empleado de tercera o cuarta categoría. Más aún: no tengo influencia muy grande en ningún diario o revista, no porque no pueda tenerla, sino porque, metido en mi casa, trabajando, no me preocupo de cultivar las amistades útiles. En los últimos años me he apartado por completo de lo que se llama la vida literaria, de modo que si alguna influencia tuve, hoy la he perdido.

Todo esto es notorio, y lo sabe el señor Barletta, como puede saberlo quienquiera. Si Olivari y Stanchina hubiesen buscado lo que el señor Barletta dice sin creerlo, aquellos muchachos se habrían acercado a Rojas, o a Lugones, o a Larreta, o a Ibarguren o a otros que poseen posiciones, o dinero o influencia.

Olivari y Stanchina me han pedido tan poco — alguna recomendación sin trascendencia —, que es casi nada. Más, mucho más me pidió el señor Barletta, aprovechándose de la influencia de Olivari y Stanchina sobre mí: me pidió un prólogo. Escribí ese prólogo, en el cual elogiaba yo a esos muchachos que, en medio del snobismo del ambiente, tienen el valor de sostener la bandera del realismo literario. Hablaba de Castelnuovo, de Stanchina, de Olivari y de Barletta. Pero Barletta no publicó el prólogo. Los elogios que yo le hacía le parecieron, sin duda, inferiores a sus méritos.

En cuanto a mi intervención en el libro de Olivari y Stanchina, ha sido puramente material. El libro era extenso y se trataba de reducirlo. No he suprimido críticas — que las hay —, sino elogios. Y les hice algunas correcciones gramaticales indispensables, que también necesita el señor Barletta, que escribe "cuando recién se empieza"...

No he creído "inmortalizarme" con el libro de esos muchachos. Para quien ha sido traducido a todos los idiomas europeos y ha tenido a su favor opiniones de Upton Sinclair, de Heinrich Mann, de Valery Larbaud, de Unamuno, de Alomar, de Israel Zangwill, etc., el libro de dos muchachos argentinos na-

da puede significar. Y es falso que nada se haya vendido, que la impresión fuera de cien o doscientos ejemplares (fué de quinientos), y que yo lo regalara a mis amigos, pues apenas si habré distribuído unos cuarenta ejemplares, que debí comprar a la Agencia de Librería, editor de la obra.

Sólo me queda comentar la tontísima teoría de que un escritor joven debe atacar a todos los demás. Si un hombre joven encuentra en un escritor de la generación anterior realizados algunos de sus ideales, no se comprende por qué ha de atacarlo. Ello sería como escupir al cielo. El negarlo todo no es signo de valor, sino de incompreensión y de pequeñez moral. Los más grandes escritores han admirado sinceramente a algunos de sus antecesores. Maupassant, que sería un servil, según el señor Barletta, no escribía nada sin mostrárselo a Flaubert, cuyas indicaciones y correcciones aceptaba. Pudiera citar mil casos análogos.

Y, para concluir, si un joven debe insultar y atacar, quisiera preguntar a Barletta por qué fué a mi casa y por qué me pidió aquel prólogo.

Rogando al señor director la publicación de estas líneas, lo saludo muy atentamente.

*Manuel Gálvez.*

Buenos Aires, agosto 29 de 1925.

## REPLICA LEONIDAS BARLETTA

Camarada director de LOS PENSADORES:

He leído la carta que contra mí escribe Manuel Gálvez, y paso a rebatir los conceptos falsos y maliciosos que ella contiene.

Primero voy a sostener lo que he afirmado en el suelto de nuestra revista, y aún voy a reforzar aquel comentario con detalles que omití por discreción. Dije y sostengo que el libro que escribieron Stanchina, Olivari y el mismo señor Gálvez, exaltando su obra, constituye una inmoralidad. Es una inmoralidad de Manuel Gálvez y una vergüenza de parte de esos muchachos.

A Gálvez le consta que ninguno de los dos escriben correctamente. ¿Cómo se explica entonces que el libro que le dedican esté pasablemente escrito? ¿Es que lo ha corregido el señor Gálvez? Así nos lo dice, efectivamente, en su carta. Y nosotros, con todo derecho ante su propia confesión, repetimos que Manuel Gálvez ha cometido la grandísima inmoralidad de fabricarse un libro donde, frescamente, elogia su obra.

No estoy bien enterado de si hecho tan inaudito tiene antecedentes en la literatura.

# Gálvez y Leonidas Barletta

Aquí, entre nosotros, es un caso único. No falta sino que Gálvez se improvise pintor o escultor para immortalizarse en el lienzo o en el mármol.

Dice también el señor Gálvez que su intervención en el libro de esos muchachos ha sido puramente material; que tuvo que reducirlo y corregirlo gramaticalmente. No sabemos nosotros de qué naturaleza han sido estas correcciones. De cualquier manera, estaba yo en lo cierto al afirmar que en él se veía su mano. Además, no me parece probable que hubiese necesidad de reducir un libro que llevó más de un año de trabajos forzados. Se podan los libros espontáneos, y ese no lo es. Antes bien, creo que Gálvez tuvo que ayudar a terminarlo. Y aún le agregó una prolija guía de todos los literatos del mundo que se han ocupado de su obra, trabajo que es único en su género, porque ningún otro escritor pierde tiempo en esas paparruchas.

Confía tanto el señor Gálvez en los juicios de Valery Larbaud, de Upton Sinclair y de otros escritores, que me mueve a sospechar que no cree en su obra sino a través de los elogios que le prodigan. No está muy seguro respecto del valor de ella y acude con frecuencia al testimonio de los otros. Cita autores con énfasis ridículo, olvidando que cualquier muchacho, por ejemplo, a propósito de un librejo maló, puede tener tantas cartas como él, de otras tantas gentiles personas que llevan el culto de la cortesía a extremos engañosos.

Manuel Gálvez debería convencerse, a pesar de haber sido traducido a todos los idiomas, de que en la literatura de nuestro país su obra no tiene mayor importancia. Es, en el extremo opuesto, equivalente a la obra del señor Martínez Zuviría. Algún día se va a escribir un paralelo entre estos dos autores, tan opuestos y tan afines, que están condenados a vida efímera en la literatura.

Horacio Quiroga y Benito Lynch, para no citar otros, nos han dado obra más seria que la del señor Gálvez, y ninguno de ellos mete tanto bullicio como éste, ni cita — aunque no vengan al caso — las opiniones de sus colegas extranjeros. Ahora, si Quiroga y Lynch no pueden decir, como Gálvez, que han sido traducidos a todos los idiomas, es porque no han querido pagarse las traducciones, como Gálvez ha hecho, según me informan.

Confieso ingenuamente que por este sistema también nuestros libros podrían ser traducidos al idisch o al japonés. Por otra parte, el señor Gálvez parece que quisiera dejar sentado que su obra es inmejorable, porque ha sido vertida a dos o tres idiomas. Olvida, seguramente, que Carolina de Invernizio, Luis del Val y Jorge Onhet han sido traducidos muchísimo más que Anatole France.

Ahora bien: si Gálvez no ha sido decano de Facultad, como Rojas, si no tiene los millones de Larreta, tampoco nos puede hacer creer que lo pasa mal.

Es voz corriente que piensa hacer un viaje a Europa, y no todos nos podemos dar ese lujo. Además, si el señor Gálvez pasa por apuros financieros (cosa que no nos interesa), será tal vez debido a que el dinero que gana lo emplea en hacerse propaganda.

Gálvez no es pobre. Pobre es Castelnuovo que vive en una bohordilla (74 escalones); pobre soy yo, que tengo que trabajar todo el día — (y no precisamente en la paz de una oficina burocrática) — para atender a la subsistencia de los míos, y aún tengo que sacar fuerzas de flaquezas para distraer las noches en el trabajo intelectual esquivando, de paso, los mordiscos que me echan los que ven con malos ojos mi contracción al trabajo y al estudio.

Protesta Gálvez porque digo que esos muchachos escribieron el libro sobre su obra para ganarse su influencia. Sin embargo, más abajo afirma que, efectivamente, le pidieron "alguna recomendación sin trascendencia."

¿Teníamos o no razón al decir que no fueron espontáneos y desinteresados? Por otra parte, demasiado conocidos son los latrocinios literarios de sus discípulos para creer que se ha regenerado al escribir al dictado ese libro.

De todo esto se colige que Manuel Gálvez tenía que encontrar a cualquiera dispuesto a escribir un ensayo sobre su obra. Topó con esos pobres muchachos que, por afán de publicar libros, son capaces de escribir sobre los beneficios nutritivos del rábano. Pero, como no acertaban a dar pie con bola, el señor Gálvez se vió obligado a dictarles el ensayo.

Ahora bien: si yo le pedí el prólogo para mi libro fué a instancias de mi editor, que tiene por Gálvez una admiración que no comparto. Pero si yo cometí un grave error al pedirle un prólogo que no necesitaba, porque los nuevos literatos del país se recomiendan por sí solos, no fué Gálvez nada sincero al dármelo. Accedió a escribirlo sólo porque en él iba a referirse a sus dilectos discípulos, pagando de esta manera una deuda que con ellos había contraído.

Yo esperé con curiosidad este prólogo, y me llené de decepción cuando lo tuve.

Es una pieza única, curiosísima, que guardará como prueba de los estragos que causa la vanidad entre los hombres de letras.

En este prólogo, que, por supuesto, me negué a publicar, decía Gálvez que él había descubierto a Palazzo. Pero la verdad es que, tanto Gálvez como otros que no quiero nombrar, esperaron a que Palazzo muriera, para escribir unas líneas sobre su obra, que no tuvieron la nobleza de firmar antes.

Palazzo tratana las cosas del suburbio, y Gálvez deduce que Palazzo y él son los que han influido en el temperamento de los jóvenes literatos de la izquierda.

Pero Gálvez ignora que yo no he leído a Palazzo y que no he podido leer veinte páginas de Nacha Regules sin aburrimiento. E ignora que, en las mismas condiciones que yo con respecto a su obra, están casi todos los jóvenes literatos del país. Gálvez no puede interesar sino a uno que otro discípulo con vistas a las recomendaciones sin trascendencia.

Pero Gálvez no conoce el pudor, y con una petulancia ridícula afirma que nosotros hemos sentido todo el dolor que vive en las páginas de Nacha Regules.

Castelnuovo, al leer esto, se indignó. Tampoco él ha podido leer Nacha Regules. Pero la indignación de Castelnuovo rebalsó cuando leyó que Gálvez decía de él que "era un Gorky argentino, pero más artista que el escritor ruso."

Después de haber concebido este disparate mayúsculo, el señor Gálvez agregaba paternalmente que si Castelnuovo estudiaba podría llegar a ser un gran escritor. ¿En qué quedamos?

Hablaba luego de los que habían escrito el libro sobre su obra. "Estos dos muchachos generosos — decía — acaban de publicar un ensayo sobre mi obra. ¿Me será permitido decir que es el trabajo más serio entre los de su índole que se haya escrito?"

Ahora, con pocos meses de diferencia, el señor Gálvez dice que: "para quien ha sido traducido a todos los idiomas europeos y ha tenido a su favor opiniones, etc., etc..., el libro de dos muchachos argentinos nada puede significar."

Es decir, que después de haber estimulado y ayudado a estos muchachos para que le hicieran un elogio burdo, siendo el responsable del mal paso de dos muchachos inexpertos, cuando vió que el libro provocaba algunas sonrisas compasivas, Gálvez, en vez de apoyarlos y defenderlos, los desprecia y los libra a su mala suerte.

Seguía el prólogo hablando del libro que yo había querido que presentase, me hacía uno que otro elogio y volvía al estribillo de que todo cuanto sabíamos lo habíamos aprendido en las "páginas dolientes de Nacha Regules y de Historia de Arrabal."

A mí, francamente, me dió un poco de vergüenza por el señor Gálvez.

En vez de examinar la obra que yo había sometido a su consideración, se hacía la más deseada propaganda, haciéndonos pasar por discípulos suyos.

La verdad es otra muy distinta. Nosotros no podemos abrevarnos en la obra del señor Gálvez porque la consideramos mediocre. En general, la obra de este autor no puede servir de modelo a ningún joven, porque es una obra muy discutible y falsa en parte.

El bajo fondo Gálvez lo ha visto desde un automóvil, y nos atrevemos a afirmar que no ha entrado media docena de veces a una casa pública.

En definitiva decidí no publicar este prólogo, y, para no herir la susceptibilidad del señor Gálvez, renuncié también a la publicación del libro. ¿Qué se me puede tachar?

De mala fe señala el señor Gálvez un error que se me ha escapado. Sabe él muy bien que sus libros — como los míos — están llenos de gazapos que en cualquier oportunidad estoy dispuesto a puntualizar. (1) Y no es extraño que a mí, que empiezo, se me escape un error, cuando el señor Gálvez, a los 40 años, no domina todavía su oficio.

Está equivocado al creer que sostenemos la teoría de que un escritor joven debe atacar a todos los demás. Creo que no debemos atacar sino a aquellos falsos valores que, mediante una exagerada propaganda, conquistan un puesto representativo que no les corresponde.

Y, en este caso, aunque en extremos opuestos, están Manuel Gálvez y Martínez Zuviría.

Para terminar diré particularmente al señor Gálvez que fuí a su casa porque no conocía su furiosa vanidad, ni sus libros, y que no volví a poner los pies en ella cuando tuve ocasión de tratarlo un par de veces.

Leonidas Barletta.

(1) En el número 332 de «El Hogar», el «Pescatore di perle» acaba de agarrarle un gazapo bien gordo; y sorprende que semejante deslíz haya ocurrido en las columnas de «La Nación», sin que la dirección de este diario tomara medidas rigurosas.

## EL INCENDIO DE ROMA

Crece el incendio... Caen, sueltas y dislocadas, las murallas de piedra, con terrible crujido que despierta los ecos del aire adormecido, como a un soplo fatal rodando, separadas.

Los templos, los Museos, el Capitolio, erguido en blanco mármol frigio; las erectas arcadas del Acueducto, todo, las garras inflamadas del incendio apresaron... Todo cae partido...

Lejos, reverberando con fulgor purpúreo el fuego ciñe al Tíber como sierpe enroscada. Impasible, en la cima del monte Palatino, Nerón, con griego manto que ondea al aire, (asoma entre libertos; ebrio, la frente enguinaldada, y en su lira celebra la destrucción de Roma...

Olavo Bilac.

(Traducción de José A. Micheli).

## LA TRADICION EN EL ARTE

En libros, revistas, diarios, periódicos, las insípidas canciones populares, la más kilométrica poesía, el desarrollo de un drama y la trama de una novela, hasta el desenvolvimiento de los más estúpidos sainetes; las telas pictóricas y las esculturas incapaces, es siempre lo mismo, tono y estilo. Gastaron al tema, tanto, llegando al extremo de no encontrar ya los argumentos sanos, frescos y los ideales de justicia propios para artistas de este siglo. La imaginación está exprimida. El buen sentido de las cosas se les está agotando. ¿Lo poseyeron acaso?... La forma de presentarlo y describirlo prostituyóse. Las frases son hechas a molde viejo, los vocablos combinados con eufemismos horros de verdad histórica y falsos en sus rebuscamientos. La literatura es sincera, por lo que espeja el alma mercantilista de los artífices, arcaica e inmoral porque desvía las mentalidades de los problemas reales. En fin, es esto lo peor de lo peor, lo más malo de lo malo, es la manía del pasado, la enfermedad de la tradición, haciendo del arte despreciable juguete de una ambición nacional fundamentándola en un pasado que en realidad no ha existido.

Hastían ya con su música barata: la silueta recortada y artística de la tapera; el sentimental acorde y la tristeza del bordoneo; la sortija; la vergüenza del porrón de ginebra, el ahogador de penas amorosas, sencillas y falsamente sentimentales; los flecos limpios, almidonados, de sus bombachas y chiripás; atléticos de cuerpo, nobles de alma, libres como las pampas en sus convicciones...

He aquí el problema del campo mirado por la generalidad de los artistas — aunque esto de artistas les quede grande — que se pasan lo mejor de la vida escribiendo forzados llantos subjetivos y nostalgias infundadas.

En los noveles encontramos el abuso más grande del conocido tópico. No hay uno que, al iniciarse, y, aun después, no haya tocado dicha bolilla: fatalidad y muestra irrefutable de la malgastada inteligencia de nuestros jóvenes.

¡Pero que loco soy, yo hablo de inteligencia de nuestros jóvenes!...

Si hablando de lo pasado quisiéramos ser sinceros, no podríamos vanagloriarnos mucho. Bien se puede concebir la tapera como un costal de basuras, construido malamente para malamente guarecerse del viento y del frío. Ya sabemos que alguien indicó la superioridad higiénica de las tolderías indias a las sentinas gauchescas. En la guitarra, de origen, o traída por los españoles —, a nuestros antepasados les faltó fuerza creadora — se tocaban

piezas tristes y amargas, arrinconados, sumidos y "sumisos" en su vejada condición de bestias. Esto delata la vida miserable, las injusticias y el caudillaje. La cobardía del gaucho engendró a los matones al servicio de jefes políticos, comisarios, caudillejos, etc., que estupraban doncellas, mataban, robaban y coartaban la libertad ajena en connivencia con los terratenientes de los grandes latifundios americanos.

El gaucho tanto ha combatido heroica y bravamente para la mentida libertad propia como veces se ha puesto incondicionalmente al lado de un matrero, tejiendo su propio sudario de lágrimas y labrarse la propia esclavitud.

Además, con caña y facón defendía el honor, la familia, los hijos, no obstante todos estos puntos interpretados a su manera y concebidos al alcance de su estrechísimo cerebro, pagado de religión e imbuído de feudalismo.

La superstición había echado tales raíces que solo nos basta, como muestra, los cuentos viejos del fogón que, en realidad, son verdaderos cuentos.

¿Se quiere más cinismo? ¿Se pretende hacernos creer tanta farolería!

Lo verídico, en resumen, es que eran obreros sumisos y expoliados. Duros de compenetrarse del inmenso beneficio que encarnaban las ideas nuevas de sus tiempos. El paisanaje, aun viviendo miserablemente, ha sido siempre refractario a progreso alguno.

Debo agregar que tal lo pintan dichos artistas cursis, es un falso sofisma, una burda mentira. Nada nos demuestra que sea así, a lo menos los grabados y dibujos de la época. La prueba más palpable está en que hoy, y siempre, han hecho mutis frente a los veraces y dolorosos acontecimientos rurales. Callan o ahogan los movimientos de los trabajadores del campo. Los productores directos de costosos frutos. Si algunos dijeron algo, es sutilmente, estilizando insinuaciones... Con muecas de promisión y aconsejamiento de continuidad para ayudar al progreso e independizar económicamente a la patria. Cuando es un levantamiento consciente se mistifican los hechos e introducen cizaña! Y éstos, a mandíbula batiente, pretenden recordarnos el pasado!... ¡Y estos mismos libros, periódicos, cuadros o revistas son los que nos quieren obligar a creer en un eriolismo de pura cepa, cuando hoy, delante nuestra propia vista, tergiversan o callan los acontecimientos más graves y trascendentales!...

Juan Moreira, el prototipo explotado, era un hombre de algún dinerillo. Nunca se hizo

# El himno de liberación

Por Anselmo A. Pelosio

girar al verdadero trabajador en el nudo de una obra. Si alguien se acordó de él fué para manosearlo en la taquilla, arrastrándolo en pasiones amorosas, o idealizándolo con efectos decadentes: trama afrancesada, irrealismo o criminalismo melodramático.

El gaucho no fué soñador. El verdadero soñador odia al medio y lucha contra él. El gaucho lo acataba, lamentándose, cantando, ginebriando, "colaborando"... Cuando se largaba a los campos lo hacía por sucio y por pereza, no para manumitirse de las desigualdades o de las injusticias. Entonces vivía del robo y generalmente "trabajaría" para el comisario...

¡No deshonremos a los soñadores! Soñador fué Cristo...

El que permite que lo exploten "por sus hijos" y deja acercar la bruja miseraria hasta la hembra que lo acompaña, sin rebelarse o gritar, va detrás de los caudillos, etc., es un estúpido, un "creyente" o un insensato...

¡Tiradlo todo en el montón de las cosas viejas para embaucar tontos, ingenuos o creídos! Nosotros no estamos en los tiempos del paisanaje. Nuestra imaginación no se esteriliza en la tradición, noble, bondadosa, heroica...

Algunos pretenden hacer arte psicológico, para salvar la responsabilidad ante el público consciente. Pero la penetración moral está en la sumisión al medio o la disconformidad hacia él. Yo los invito al verdadero arte de las pasiones y se encontrarán con menos tradición pero con la humanidad, el dolor incommensurable, con la ignorancia y la explotación semiheredero-feudal.

¿Por qué no imitáis al grande Wágner, que, en Lohengrin, trabajó con el verdadero elemento psicológico de la ascendencia de la humanidad, entresacando todo el dolor de la duda moral de nuestros antepasados que aun persiste?

Todos los tiempos tienen su signo, el nuestro caracterizado está por el olvido del importante presente a fin de perderse locamente en el pasado, amén de basamentarlo sobre un falso gaucherismo.

¡Vaya un signo de los tiempos!

Ricardo A. J. Bernardoni.

## GALVEZ ANECDOTICO

X. X. — Gálvez, ¿es usted de Boedo o de Florida?

Gálvez. — Me extraña que no sepa usted que "Nacha Regules" se ha vendido tanto como "Pata de zorra".

La gente de nuestro país no conoce nada más entretenido que estacionarse en una esquina para mirar las piernas de las muchachas que suben al tranvía. De esto también tiene la culpa el café con leche.

Todos sabían que Carlos Sartori, un hombre como de treinta y dos años, había estado diez veces en la cárcel. Por eso en la pensión todos le tenían cierto recelo. Yo, que era su compañero de habitación, era el único que conocía el secreto de su vida. Me lo había referido, tal como lo paso al papel, con la condición expresa que guardara el secreto. Hace un mes que Sartori fué hallado muerto en las inmediaciones del Dock Sud, y, por eso, y como acto de justicia hacia aquel hombre bueno y desventurado, rompo el juramento que le hice aquella noche.

"Usted sabe lo que es tener veinte años, y estar obligado a permanecer doce horas diarias metido entre cuatro paredes, y odiar, odiar a muerte al patrón?"

Es horroroso, es terrible, es una tortura infame. Es como estar en la cárcel y aguantar los caprichos de un guardián soberbio, implacable y bruto. ¡Qué triste es eso, amigo mío, cuando el hombre siente la primavera adentro, cuando el cerebro tiene alas, y el alma está impregnada de sol y de libertad.

Por eso, para mí no hubo juventud. Me consideré muerto en vida. ¿Para qué luchar a brazo partido con la adversidad, cuando se pierde siempre? Nadie podía ayudarme, porque no tenía amigos influyentes ni poderosos. Por otra parte, la parálisis de mi madre, no me dejaba un segundo libre para buscar otro trabajo, y debía resignarme en aquella fábrica que era mi pesadilla, horrible pesadilla. Siempre ruidos de poleas, aullidos de bestia enfurecida, y suspiros dolorosos de víctimas sacrificadas por un mendrugo miserable."

Carlos Sartori se sentó en el catre que estaba a la par del mío, echóse para atrás los pocos cabellos largos que le caían sobre la frente, como queriendo despejarla para hacer lugar a aquellos recuerdos, y prosiguió. Hablaba en frases laónicas y cortantes, cerrando la mano derecha como para dar más fuerza de expresión a lo que decía, o moviendo los brazos con amplitud. Hubo momentos en que sus ojos claros y francos se le vidriaban de lágrimas.

"Fué un 10 de diciembre. Aquella mañana una nueva obrera tomó asiento frente a la máquina asesina; era una niña con cara de vieja. Aquel rostro estaba ajado, marchito, prematuras arrugas lo atravesaban. ¡Ah, compañero, esas son las cicatrices de los latigazos que nos suelta el hambre, la miseria!... ¡C6-

mo recuerdo bien aquella mañana, aquel momento, como si se hubiera fotografiado en mi cerebro. La chica se había acercado temblorosa al patrón. Le imploró llorando le diera trabajo:

—Por Dios, señor, que mi madre está enferma... Nos morimos de hambre..., decíale.

Los ojos del patrón brillaban ante sus víctimas como deben brillar los del lobo frente a la presa. En aquel momento vi que la llama del instinto relampagueaba en aquellas miradas duras de avaro.

La nueva obrera vino hasta mí para que anotara su filiación. Aún quedaban rastros de su pérdida belleza. Tenía unas pupilas azules, de un azul de cielo muy cargado, que hablaban de miseria, de sueños frustrados, de noches de insomnio.

Escribo en el registro grandote de la fábrica:

—Lilian Lescanau.

—Argentina, 18 años.

—¿Sueldo? — pregunto.

—No se sabe aún.

Antes de terminar la anotación, le digo bajito: Mire Lilian que aquí son muy malos; tratan mal.

No tengo presente lo que me contestó, pero recuerdo que en sus pupilas se pintó la resignación, la esperanza.

¡Pobre hermanita!..., hermanita, sí, en el dolor y en la desventura. Ella también tenía a su madre enferma y necesitaba el pan.”

“A través de los cristales de la oficina, mi vista abarcaba todo el taller. ¡Cuántas figuritas delicadas, cuerpecillos arqueados sobre la costura, semejantes a débiles tallos de flores moribundas! La fábrica... ¡Qué horror!... La fábrica es una garra formidable que estruja las carnes y el alma. Aquello era un cementerio de vivos, donde vibraba el acero de las máquinas, interrumpido sólo por la voz gangosa del patrón:

—¡Haber, usted, imbecil, si se apura! ¡Eso no se hace así, pedazo de bruta!... ¡Son unas desgraciadas!...

Y seguían los improperios, mientras temblaban las pobres muchachas, temblaban acordándose del pan. Es que una sola palabra basta para que las echaran a la calle.”

“A las siete la campaña anunció la hora de salida. Oigo que Lilian fué llamada al escritorio del patrón para arreglar con respecto al jornal. Lo de siempre; eso se hace con todas las nuevas que caen. Era fatal que ese día debía ocurrirme algo grave. No podía abandonar a esa chica en manos del ogro; era mi hermanita de miseria y de dolor. Pretexto ante mis compañeros tener que terminar un trabajo y me quedé en el escritorio,

arriba, sin que el patrón se diera cuenta. Todos se retiraron, el silencio era sepulcral. De pronto se oye dos personas que hablan bajo en la oficina particular: era Lilian y el patrón. Las voces iban subiendo de tono. Luego, suspiros, llantos, lucha...

Bajaba corriendo las escaleras cuando sonó un tiro. Veo venir a Lilian, huyendo, despaavorida, con el vestido hecho girones, y el rostro bañado en lágrimas.

—Lo maté porque intentó aprovecharse... lo maté... ¡Mi madre, señor... mi madre!..., gritaba.

La arrastré hasta el escritorio del patrón. El hombre estaba tendido boca arriba; un chorro de sangre brotaba de su pecho. De su boca de sátiro, semiabierta, parecían querer salir los improperios acostumbrados:

“Imbéciles... desgraciadas... burras!...”

Reí a carcajadas, me reía interiormente. Escupí sobre aquel rostro bellaco que odiaba, a muerte.

Llegó la policía e inmediatamente me aprehendieron. Tenía el revólver en la mano: era el arma homicida. Yo lo había visto muchas veces sobre el escritorio del patrón.

Con toda serenidad, le dije al oficial:

—Lo maté, señor, porque intentó aprovecharse de ella.

Los sollozos ahogados de Lilian, que se arrojó a mis brazos, repercutían como un himno de liberación en aquel local donde sólo se oía el canto infernal de las máquinas...”

Anselmo A. Pelosio

LA SOLUCIÓN  
EXACTA Y COMPLETA DEL

**DRAGON**

DE

**CRITICA**

Acaba de publicarse en un folleto  
de 36 páginas.

Se vende a 30 cts. cada ejemplar.

Pedidos a la administración de  
**EDITORIAL CLARIDAD** —

Independencia 3531 — Casilla  
de Correo 736. — Buenos Aires.

# FABRICA

Lo llaman Mamucho; doce años; enclenque; magro. Movedizo y ágil como una ardilla, o como un pájaro, tiene en cada movimiento de su exiguo cuerpo la nerviosidad típica de un pequeño vagabundo porteño. Va a la escuela. Pero de tanto oír glosar la inutilidad de la instrucción, entre las blasfemias con que su padre matiza, dándole un sabor aere de fracaso, su charla maldiciente y renegada de borracho, háse convencido de que la escuela es una distracción de niños ricos.

Y se pasa horas y horas, sin hacer nada, adormilado bajo la enervadora caricia perezosa del sol, cuando no vaga por ahí, al azar, contemplando en ratos interminables, cualquier peregrino callejero. Gústale, entre otras facetas del kaleidoscópico observatorio ciudadano, ver salir o entrar a los obreros de las fábricas.

Para Mamucho, la fábrica es una obsesión. En cualquier momento, en cualquier circunstancia, la palabra fábrica asoma a sus labios como una flor, amarga de predestinación. En su casa, fábrica es un imán alrededor del cual giran como supeditadas a su nefasto influjo, todas las conversaciones. Llega a su casa. ¿Papá? — pregunta a su madre —. No volvió de la fábrica, es la invariable respuesta. ¿Y Tilda? Enferma, no fué a la fábrica. O, si no: La retaron en la fábrica. O la insultaron. O la suspendieron. Lo mismo con su padre. Que riñió, que discutió, que llegó tarde. Y así siempre el por qué la causa, el tema, el origen de cualquier cosa, fatalmente irremediablemente, es, la fábrica.

Y su imaginación de muchachuelo avezado desde la primer correría, a beber en las amargas fuentes de la realidad, asequible, sin embargo, a los encantos de la vida, que les prometen en las escuelas, forja una fábrica que es, que debe ser un ideal de bienestar y de justicia. La maestra decía siempre que el trabajo es la ley, la dignificación del hombre. Entonces, si se va a la fábrica a trabajar, ella debe perfilarse en una radiosa aurora de acreamiento humano. Como una enorme escuela de trabajo, donde cada obrero es un alumno aplicado y entusiasta, inteligente, voluntarioso, que pone toda su nobleza de hombre bueno cumpliendo su deber. Y los ve inclinados sobre la respectiva labor, sonrientes, felices, hombres, en una palabra, entonando al ritmo de sus herramientas la canción siempre hermosa y fecunda del trabajo...

¡Oh, si le permitieran ir a la fábrica!...

Las 5. Un silbido largo, uniforme, chirriante, viborea como un latigazo, hiriendo los tímpanos indiferentes de la ciudad. Mamucho desde la esquina atisba la puerta de la fábrica.

Salen los obreros. En heterogénea caravana, como pájaros enceneguados que ven la luz de pronto, salen. Malhumorados, cansados, ahitos de rabia y de imprecaciones, se desparraman en móviles manchas oscuras sobre la apizarra-

da ambigüedad de la perspectiva. Y cada grupo es un pedazo de pueblo que fermenta y que odia. No hay en ningún rostro la más mínima huella de bondad o de satisfacción. Caras curtidas por el frío, oscuras, siniestras casi. Ojos duros, en los cuales brillan con fugacidad de relámpagos toda una larga serie de impotencias y de rebeliones.

Mamucho observa y sus doce años reflexionan como doce injusticias. No, no son esas las expresiones que imaginaba ver. Todos los hombres que mira salir, siendo diferentes, son idénticos a su padre. Hoscos, brutales, hostiles, llegan a casa animalizados por la detención previa en la cantina o en el almacén. No, la fábrica no puede ser una escuela de trabajo, piensa. De la escuela salimos contentos, corremos, reímos, gritamos... Pero los hombres, cuando salen de la fábrica...

Posteriormente vienen los más jóvenes. Adolescentes, muchachos frisando los 25 años, ponen una levisima esperanza en el espíritu ensombrecido de Mamucho. Véese alguna faz sonriente; óyese alguna carejada; alguien corre o grita, o bromea. Y sobre todo pasan de largo frente al almacén o a la cantina, cuyas inmundas bocas son un vómito negro de borracho en la suciedad de las paredes.

¿Serán éstos los que cumplen mejor su trabajo, que la fábrica no los torna adustos y sombríos? Y mientras siguen desparramándose como granos de un colosal racimo, Mamucho los mira, empequeñecido el corazón como si una garra de hielo lo apretujara para que no latiera tan violentamente... Su padre le ha dicho que mañana debe acompañarlo para trabajar en la fábrica, como ayudante suyo.

Mayo, viento. El frío zahiere las carnes ataridas con dolorosos pinchazos de microscópicas agujas. El buen sol se ha quedado cómodamente en su lecho, dejando huérfanos de sus caricias primeras a sus amigos habituales de la mañana. Frente a la enorme pared de la fábrica, Mamucho espera la hora de entrar. Las 7 menos cuarto. En grupos, aislados, llegan los obreros, como si un imán poderoso de potencialidad temporal les permitiera huir cierto tiempo, para volver luego. Van entrando. Nadie ríe, ni habla. Se detienen frente al fichero; dejan su número, y caminan. Así todos. Sin una variante. Llégale el turno a Mamucho. Como una hormiguita, avanza. Vacila un poco. Es tan lindo el sol que ya comienza a aparecer! Su padre lo llama. No hay tiempo que perder. Bah! — piensa —. La fábrica es una escuela. Una escuela de trabajo. Lo dijo la maestra. Y niño, ingenuo, optimista, desaparece en un corredor transversal.

Cierran. El agua de la helada se desliza sobre la puerta en gruesos goterones. Y parece baba inmundada de la monstruosa boca de la fábrica, que se regodea satisfecha. Ha ingerido un niño...

Rolando E. Cartasegna.





# SACRIFICIO



por ANGEL DUCE

—¡No, a vos no!

Fué un grito que brotó de lo más íntimo, inspirado por un resto del pudor de la mujer que, próxima a la rendición, se debate desesperadamente contra la fuerza del instinto.

—¡A vos no!

¡Qué extraña resultaba en ella esta exclamación! En ella, mujer de todos y de ninguno, sierva del apetito ajeno, presa tan fácil, que ni valía el trabajo de tomarla.

Carlos la miró atónito. Su negativa era en verdad absurda.

—¿Estás loca? ¿Por qué a mí no?

Respondióle con una mirada triste que quería decir muchas cosas, pero no supo comprenderla.

—¡Contestame! ¿Por qué a mí no?

Julia inclinó la cabeza. Escuchó en silencio, sumisa, sin una sola protesta la retahila de insultos de aquel hombre, sus amargos reproches por negarse, cosa que sin duda hacía por primera vez en su vida. Impúdicamente, ateniéndose a la clase de mujer con quien hablaba, la reeriminaba con toda brutalidad. ¿Por qué rechazarlo a él, a él que la quería de veras, que fué el primero en compadecerla y prodigarle frases de consuelo defendiéndola tantas veces de los atropellos de muchos abusadores? No comprendía nada. ¿Tenía algo de repulsivo, acaso? ¿No era preferible a la mayoría de los que ella aceptaba sin asco?

La muchacha, por toda respuesta, se echó a llorar. Carlos, que creía que tales hembras sólo vertían lágrimas cuando se le iba la mano a sus amantes, quedó confundido. Deseaba que ella hablara, contestándole, pero Julia no podía hablar. Había debido decir muchas cosas, pero la pena le anudaba la garganta cuando intentaba hacerlo.

Es que había algo que ella no sabía cómo decirlo. Amaba a Carlos. ¿Y cómo no amarlo? Desde el primer día de su encuentro con él, allá en el cafetín de los suburbios donde era camarera. Cuando lo vio tan honrado, bueno y franco, más respetuoso que los demás y joven y guapo por añadidura, lo quiso como no se había creído capaz de querer.

Aquel era el hombre que debió encontrar en el comienzo de su vida. Entonces se había conservado pura. Junto a un varón; así su vida había tomado otros rumbos. Hubiera sido una buena compañera, una buena madre. Tenía todas las cualidades necesarias para ello. Era joven, sana, hermosa, trabajadora. Pero su destino no lo quiso. Ahora, tarde ya, sólo podía ofrecer un cuerpo impuro, una belleza ajada, un corazón marchito. ¡No, de él nunca! En vano insistiría. ¿Para qué entregársele? ¿Para qué mancharlo con su abyección? ¡No! Mejor

sería separarse. Había aceptado aquella cita tan sólo para tratar de convencerlo de que no debía pensar más en ella.

—¡Bah, remilgos de...!

Un gesto amargo alteró el rostro de Julia al oír la palabra soez. Carlos se arrepintió de haberla pronunciado. Le pidió perdón. La quería. No podía arrancar de sí esta idea, este desco. Le ofrecía un lugar en su vida. Todavía era joven. Podía reformarse, volver a ser buena como una vez.

Julia sonreía incrédula. ¿Era demasiado tarde! ¿A qué insistir? Era inútil. Estaba muy resuelta. No retiraría lo dicho. Sería mejor separarse. Más valía conservar el recuerdo de un momento de amor puro que mancharlo con un acto en el que ni uno ni otro encontrarían una nueva sensación.

El no cejaba. Muchas pérdidas tienen a veces un arrebató platónico. Sin duda Julia pasaba por uno de esos instantes. Estaba muy seguro de poder convencerla. Pero ante las repetidas negativas que lo enardecían más aún, pensó que una táctica distinta sería más fructífera. Trató de besarla.

!No, ya te lo dije. ¡Déjame!

—¡Un beso! ¡No seas zonga!

Avanzó. La muchacha retrocedía hacia el muro. Cruzó las manos sobre el pecho como para defenderlo del bárbaro atropello. Sus ojos tenían un brillo extraño, terrible.

—¡Carlos, no me toques! Salí — dijo con voz ronca.

—¡Te quiero, Julia!

—Y yo también! Solo Dios sabe cuánto te quiero! Por eso es que me niego a ser tuya! Vos no me comprendés, Carlos! Yo hasta hoy he vivido para el capricho ajeno únicamente! Muchos hombres han pasado por mis brazos y no me acuerdo de uno tan solo. No quiero que seas para mí uno de tantos. Me gustaría poder acariciar el recuerdo de que si quiera por una vez en mi vida fui capaz de ser buena. Vos no me comprendés! Mis labios, que han besado tantas bocas, mancharían los tuyos. Sentirías un gusto amargo en ellos. Te quiero mucho, Carlos! Si vos fueras el primer hombre que llegara a mí, me entregaría. ¡Te juro que me entregaría sin vacilar! Pero ahora, ¿qué puedo darte? Yo soy una cosa inmóvil, repugnante! Si me entregara, creo que tendría un remordimiento para toda la vida. Permití que sea feliz por una vez. ¡Déjame, Carlos!

Por toda respuesta, él dió un paso hacia adelante y la tomó en sus brazos. Hubo entonces una lucha salvaje, furiosa. Julia apretaba los dientes y clavaba ciegameamente sus largas y afiladas uñas en cualquier parte. Era

una gata peleando contra un bulldog. Carlos tuvo que soltarla. Tenía toda la cara arañada.

—¡Perra! — En su voz había tal acento de odio, que Julia se estremeció. Arrojábase sus palabras a la cara como escupiéndoselas. ¡Perra! ¿Y sos vos la que dice quererme? ¿Sos vos la que jura que yo soy el único a quien amó? ¿Vos? ¡Desgraciada! Para mí sos la última de las arrastradas, la última!... ¡Guacha!

Julia le oía cabizbaja, aplastada.

—Podría hacerte pedazos... pero, no! ¿Para qué? Bastante castigo tenés con ser... lo que sos! ¡Seguí no más tu camino de perdición y de vicio! ¡Andá! ¡Hacete barro del barro! ¡Ya no volveré a tenderte mi mano para sacarte de esa cloaca! — Y recogiendo su sombrero, añadió: — No me verás nunca más en tu perra vida!

Y salió dando un portazo.

Julia estaba vencida, herida en su orgullo de hembra y en la única ilusión de su vida. ¡Qué injusticia! Todo por querer levantar una sola vez la cabeza, todo por querer sacudir un instante las cadenas de su degradación! Carlos no la comprendía... y nadie la comprendería nunca!

¡Ya no volvería a verlo más! Y entonces, ¿de qué sirve ser buena? ¿De qué sirve amar tan castamente si nadie es capaz de apreciar un sacrificio? ¡Oh, no! Todo antes que perderlo! ¡Todo! Se hundiría, se degradaría cada vez más, pero no importaba. El caso era tenerlo a él a su lado, poder verlo hoy, y mañana, y siempre!

Como una loca, abrió la puerta y salió a la calle gritando!

—¡Carlos! ¡Carlos!

*Angel Duce.*

## Lo que nos han dicho

Se ha dicho que las visitas de los príncipes propenderán al mejor conocimiento de estos pueblos del Plata en la vieja Europa. Y a pesar de la sonrisita burlona de los escépticos no podrá desconocerse el bien que nos hacen estas principescas embajadas.

Si algo llegó hasta nosotros hecho medallas, eco augusto del paternal agradecimiento de los soberanos de la bella Italia, esto quedará eclipsado seguramente por la magnificencia de los inglesés.

Por lo pronto vemos que en Londres se están ocupando demasiado de nosotros. Por la información telegráfica de nuestros órganos mayores de publicidad, nos enteramos que los grandes rotativos londinenses están realizando un nuevo descubrimiento de América.

¿Nuestro teatro Colón? ¡El más grande del mundo! ¿Nuestras mujeres? ¡Las más hermosas del globo! ¿Nuestras calles? ¡Las más amplias y limpias del planeta! ¿Nuestros paseos? ¡Los más bellos del Universo! ¿Nuestro Al-

vear? ¡El más presidente de todos los presidentes!...

Y cómo se hincha ufano nuestro pecho... Y cómo talonea el corazón dentro de él repiqueteando más fuerte que nunca... Y cómo nuestro paso se hace más marcial y guerrero, como esperando el grito de "¡A la carga!"...

¡Ah! porque también han elogiado a nuestros pobres muchachos, esos que en el ejército hacen y se esfuerzan en hacer como soldados: ¡poseemos los mejores guerreros del planeta!...

Pero eso ya lo sabíamos... ¿No nos enseñaron en la escuela que nuestra bandera no fué atada nunca al carro vencedor de ningún país de la tierra? ¿No nos dijeron que su paño bendito nunca rendido... etc.? ¡Y entonces?

¡Viva la patria!

Pero tirémosle de la riendita al indio bruto que llevamos adentro. Los rotativos ingleses no han proclamado toda nuestra grandeza nacional. Se han olvidado que en pleno Buenos Aires hay barrios donde la basura no se recoge nunca y se pudre en medio de la calle. Que la mortandad infantil asume cada día contornos más alarmantes entre nosotros, debido a la carencia de alimentación y a la desidia de los poderes públicos, especialmente en las provincias del norte. No han dicho que en el país donde se paga \$ 152.000 por un toro, la tuberculosis y la sífilis hacen estragos, careciéndose de medios para combatir esas plagas debido a la criminal despreocupación de nuestros poderes. También han callado que la prostitución en la Argentina es una de las más adelantadas del mundo... Que la pederastía y la delincuencia registra en nuestra patria el porcentaje más alto... Que poseemos las cárceles más habitadas y los más grandes conventillos del mundo...

Pero eso no lo ha de decir tampoco nuestra prensa mayor. Ellos seguirán alentando al pueblo a aplaudir el paso del simpático futuro tirano, a tirar los sombreros al aire y a gritar como ayer: ¡Viva la Patria!

Y nosotros, unos cuantos no más, contemplaremos con tristeza el ridículo espectáculo y a pesar de la distancia veremos desde aquí como contemplándonos, Europa entera sonríe, murmurando entre dientes:

¡SAUVAGES!

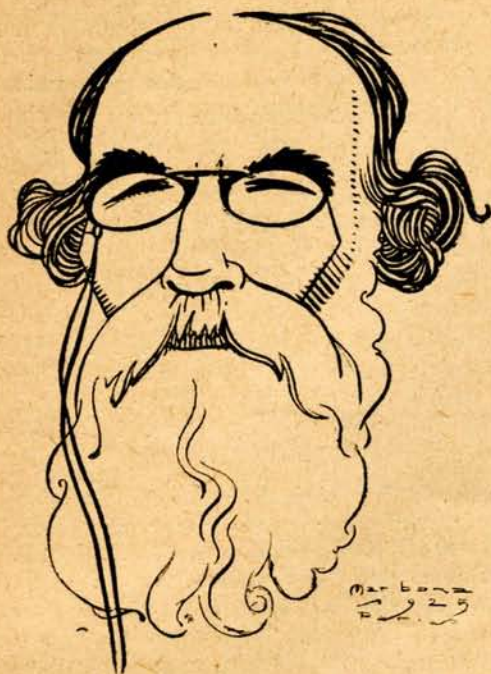
*Domingo Toranzo.*

Santa Fe, agosto 1925.

Si pasea, molesta a media humanidad; si va al cabaret rompe los espejos, insulta a las mujeres; si el tren descarrila, destroza los asientos del convoy; si una película no llega a tiempo o si el artista se equivoca, rompe las butacas y pateo y silba. Todas estas muestras de salvajismo se las debemos al café con leche.

# LAS IDEAS FUNDAMENTALES

de HAN RYNER



Conforme anunciamos en el artículo que publicó esta Revista en el número de 19. de mayo, hoy nos complacemos en publicar un resumen de las ideas fundamentales de Han Ryner, que él mismo resumió en el año 1909, sin que hasta la fecha hayan sufrido alteración. He aquí lo que él dice:

“A la fórmula de Aristóteles, “el hombre es un animal social”, prefiero la fórmula del estoicismo: “El hombre es amigo del hombre naturalmente”. Ya conocéis la bella traducción mística de Spinoza: “El hombre es un dios para el hombre”.

“El hombre no está, pues, hecho para vivir aislado. La sociedad le es un deseo, una aspiración natural, una necesidad.

“La sociedad, pero no la *organización social*. Esta es acaso una fatalidad, como la muerte o la enfermedad. Pero yo amo las necesidades y sufro las fatalidades.

“Reparad en que los partidarios de una fuerte organización social tienen una mala opinión de la naturaleza humana. Hobbes, el doctor del despotismo, dice: “El hombre es un lobo para el hombre”.

“Sócrates distinguía entre las leyes escritas y las no escritas. Sus discípulos, los cínicos, distinguían entre lo que pertenece a la naturaleza y lo que es de la ciudad. La naturaleza es el bien, el conjunto de leyes no escritas. La ciudad, conjunto de leyes escritas, de sus tiranías y de sus sanciones materiales; la ciudad, violencia organizadora, es el mal.

“La sociedad natural no es el estado primitivo de la humanidad, así como la salud no es el estado primitivo del individuo. La sociedad natural, como la salud, son un ideal, un límite.

“Me esfuerzo por la salud y por la naturaleza. Me defiendo contra la enfermedad y contra la ciudad.

“Pero no busco cambiar la organización social ni mantener tampoco la que existe. Nuestro enemigo es nuestro amo, ya sea uno o múltiple.

“¿Puede suprimirse el amo? De hecho, no.

“Sería suprimido por sí mismo si todos los hombres fuesen cristianos en el sentido de Jesús, o estoicos, o epicúreos, o practicaran mi filosofía, o la vuestra, o muchas otras filosofías. Pero filosofías y religiones no tienen fuerza plástica más que sobre un pequeño número de hombres. La muchedumbre jamás será conducida por las ideas. Cuando una idea parece conquistar el mundo, es el mundo el que la conquista. Ved lo que su triunfo aparente ha hecho del cristianismo.

“Yo no puedo apenas destruir la organización más que subjetivamente, por el desprecio. Pero mi armonía y mi dicha exigen que mi palabra y mi gesto estén de acuerdo con mi pensamiento. Así resulta que, en una pequeña proporción, la destruyo también objetivamente por la expresión de mi desprecio y por la práctica de mi desprecio. Hay en *Voyages de Psychodore* un capítulo titulado *La Fonction*, que creo importante desde este punto de vista. El pensamiento que se expresa a través de un fácil símbolo puede formularse poco más o menos así: “No hay más que deberes *humanos* y no deberes *sociales* ni deberes *profesionales*”.

“En la práctica distingo tres casos:

“A.—El pretendido deber profesional es un crimen (matar, perseguir, juzgar, etc.) Yo lo rehuso indudablemente.

“B.—El gesto que me exige es indiferente; hago, con desduido sonriente, el gesto o la apariencia del gesto.

“C.—El deber profesional se confundió con el deber humano: soy hombre con celo y amor. (Hay un parentesco bastante visible entre este método y el abstencionismo de Tolstoi; pero mi esfuerzo hacia la sabiduría no tiene nada de místico o de religioso).

“No poseo esperanzas colectivas ni temores colectivos. Mi doctrina me permite realizar mi dicha. ¿Puede ser ella útil a algunos otros?... En todo caso, ella no puede ser ni útil ni perjudicial a la muchedumbre. A veces, sin embargo, consiento, como otros, gozar con sueños lejanos. Y mi método universali-

zado desenlaza, tanto como otro, la aflicción humana.

“Suponed, por imposible, que mi pensamiento penetra en los hombres, de día en día, más amplia y profundamente. Imaginad, en un número de siglos, una humanidad formada de Hans Ryners. He aquí lo sucedido. Sin violencias, sin revolución, sin ni siquiera tomarse la pena de hacer una nueva ley o de abolir una antigua, toda tiranía ha desaparecido. Los jefes no desean ya ser obedecidos, no creen ya en su misión social. Desde hace tiempo, el juez no condena ni el gendarme detiene a nadie. ¿Y el asesino? — me preguntáis. — No ha comenzado acaso, pero ha seguido. Nadie defiende “su bien”, el comunismo se ha establecido progresivamente en la práctica. No ha habido cambio violento. Las leyes no fueron suprimidas por la espada, ni las tiranías destruidas por la bomba. Ellas han caído por sí mismas, han sido reemplazadas, en las costumbres, por las leyes no escritas. Por un camino sin tropiezos, hemos aquí llegados a los gados a la sociedad natural y he aquí construida, sin esfuerzo, la ciudad libre.

“—Mas, es un sueño...

“—¡Bueno! En el mismo grado que todas las esperanzas sociales... No es por la fascinación de este sueño que yo acciono; es para crear mi felicidad. Y no conozco más que un método para acercarme a la naturaleza y a la armonía (otros nombres de la dicha). Este método consiste en ser siempre hombre, jamás profesional.

“Pido los motivos de mis acciones a mí mismo, a mi razón y a mi corazón; no a los demás hombres, fabricantes de leyes, de reglamentos, de jerarquías”.

Nuestro esfuerzo útil será casi siempre íntimo y subjetivo. *Es sólo mi alma la que puede alumbrar.* Que ella se haga un fuego cada vez mayor, a fin de emitir hacia los que tienen frío en las tinieblas más y más luz, más y más calor... *Discreción*, en su sentido rico y antiguo, foco de claridad, de sonrisa y de afectuosa reserva que permite ver qué cantidad de verdad cada uno soportará, y jamás echará sobre las espaldas de los débiles una carga demasiado pesada, última expresión de la virtud, suprema sonrisa y flor la más alta del subjetivismo; libérame de toda acritud apostólica y de toda cólera contra los débiles! Animado por la esperanza o el gozo de ayudar a los que quieren buscarse a sí mismos, me prometo no injuriar a los demás con el absurdo propósito de convencerlos, y advierto a mi alrededor las sonrisas heroicas de Zenón, de Cleanto y de Epicteto.”

Trad. Costa-Iscar.

## Cuidado con esta gente...

*Lista de agentes, cuyas cuentas permanecen en descubierto después de haber sido suspendidos los envíos de todas las publicaciones de la Editorial Claridad:*

<i>Rosario.</i> —Agencia General de Publicaciones compuesta por José Barceló, Teodoro Sánchez, Cipriano Echevez y Palacios . . . . .	425.30
<i>Río Cuarto.</i> —Agencia General de Publicaciones . . . . .	165.—
<i>Tucumán.</i> —Avila, J. Ernesto . . . . .	30.—
<i>Pellegrini.</i> —Cabelluzzi, J. y A. . . . .	25.74
<i>San Luis.</i> —Celorrio, M. . . . .	67.77
<i>Junín.</i> —Casasco, Vicente D. . . . .	162.20
<i>Balearce.</i> —Cabot, María P. de . . . . .	13.60
<i>Santa Fe.</i> —Ceballos, Vda. de Aparicio . . . . .	89.—
<i>Santiago de Chile.</i> —Díaz, J. A. . . . .	24.88
<i>Carhué.</i> —Hermoso, Faustino. . . . .	7.60
<i>Salto.</i> —Herrero, Ricardo . . . . .	35.77
<i>Santa Fe.</i> —Agencia General de Publicaciones . . . . .	269.40
<i>Bahía Blanca.</i> —Melón, Aurelio G. . . . .	202.70
<i>Carlos Casares.</i> —Franco Martín, José . . . . .	28.—
<i>Valparaíso (Chile).</i> —Morales, Eduardo . . . . .	45.04
<i>San Eduardo.</i> —Naddeo, José J. . . . .	17.19
<i>Coronel Suárez.</i> —Pereyra y Torres. . . . .	13.02
<i>Juárez.</i> —Raed Hermanos y Cía. . . . .	19.60
<i>Balnearia.</i> —Ranzoni, Juan D. . . . .	13.02
<i>Alcoy (España).</i> —Pastor, J. Juan . . . . .	23.60
<i>Avellaneda.</i> —Oliva, Francisco . . . . .	25.80
<i>Esquina (Corrientes).</i> —Fernández, Oscar . . . . .	22.15
<i>San Luis.</i> —Lazart, Vicente J. . . . .	26.60
<i>Saavedra (F. C. Sud).</i> —Rosario, Roberto . . . . .	4.80
<i>Santa Fe.</i> —Fernández, Luis . . . . .	48.95
<i>Paraná.</i> —Saraví, Germán y Guillermo . . . . .	25.20
<i>Rivera.</i> —Spollansky, José . . . . .	28.—
<i>Moisés Ville.</i> —Rejowitzky y Scheinin . . . . .	18.15
<i>Santiago del Estero.</i> —Giménez, Fernando . . . . .	10.80
<i>Pellegrini.</i> —Cardosi, Pedro C. . . . .	8.80
<i>Coronel Suárez.</i> —Ferreyra, M. Víctor . . . . .	18.20
<i>San Pedro.</i> —Moñoa, José V. . . . .	8.40
<i>Mar del Plata.</i> —Zanzi Hermanos . . . . .	16.76
<i>Bahía Blanca.</i> —Grossi, Humberto . . . . .	11.20
<i>Santiago de Chile.</i> —Rodríguez y Urrutia . . . . .	52.87
<i>Laborde.</i> —Minagaray, Martín . . . . .	25.40
<i>Montevideo.</i> —Denuche, José . . . . .	253.20

Si el artista no se empeña en obras de alto vuelo y pierde lastimosamente el tiempo en greguerías, es por falta de alimentación adecuada y por el pernicioso vicio del café.

(Continuará)



# BIBLIOGRAFIA

## LIBROS BUENOS Y LIBROS MALOS



*Clarisa* (novela realista) — Por Margarita E. Arsamasseva

Esta novela es defectuosa por muchas razones que trataremos de exponer. La principal falla, a nuestro juicio, reside en la falta de sentido común. La realidad, en esta novela realista, está pintada falsamente. Sin embargo el procedimiento que emplea su autora es bueno. Pone inmediatamente al lector en la vida de los personajes que desfilan, evitando fastidiosas descripciones, que hubieran sido aún más molestas por la falta de habilidad que muestra Arsamasseva.

Ha salvado, pues, instintivamente este escollo. Pero los que quedan son insalvables y en ellos se naufraga fatalmente.

Se quiere, en definitiva, dibujar el carácter de una muchacha — Clarisa — impetuosa, ardiente, desprejuiciada. Acaso un poco cínica y frívola. Pero se ha improvisado sobre este carácter con las peculiaridades cinematográficas del personaje. No hay hondura psicológica. Ni observación exacta. Y así, Clarisa, que está en una estancia, maneja automóviles, monta caballos y fuma cigarrillos turcos tendida sobre un diván "recubierto por una alfombra de Kiva".

Termina, o mejor dicho, empieza por entregar sus encantos de mujer mimada a un fornido peón de la estancia y pasa a ser su querida.

Parece ser que estas cosas ilógicas ocurren con desoladora frecuencia en las novelas realistas. La escuela se estrenó descubriendo que los gañanes constituían el plato fuerte de las sensibles marquesas que hicieron desvariar a Darío. Y de entonces acá ha habido en estas novelas rotuladas realistas, innumerables apareamientos de esta condición, porque, dicho sea en bien de la claridad, la escena se hace por este fácil recurso más interesante y absorbente.

Es el tan socorrido concepto que explica que:

*Juan Lanas, el mozo de la esquina  
Es absolutamente igual  
Al Emperador de la China:  
Los dos son un mismo animal.*

Y todos sabemos que la mujer desde Eva, desde aquellas dos pudibundas hijas de Lot, que hicieron embriagar al padre para desahogar con él el ardor que las agitaba, hasta Clarisa, que en vísperas de casarse se entrega a un rudo gaicho, la mujer, decíamos, está empeñada en que el hombre sea lo más animal posible.

No hay otras situaciones espirituales de importancia en este libro. Pero ocurre que el

peón protagonista es un hombre raro. Ha cursado algunos años de la Universidad y desciende de un acaudalado estanciero.

Ya lo sospechábamos por su lenguaje que no es precisamente el de un capataz de hacienda entregado de lleno a sus ocupaciones.

En el libro abundan las situaciones inverosímiles y los pasajes descriptos sin tener ni ideas acerca de su exactitud.

Por ejemplo: después de haber descripto la cópula de una manera muy femenina, dice:

"De un salto él se encontraba ya de pie".

No es exacto que el varón después del espasmo demuestre habilidades de acróbata. No es exacto que en esa situación y en otras análogas, se reflexione y se discuta acerca del amor.

El lenguaje tampoco es preciso. Por ahí leemos, una *alameda* de viejos *ombúes*, y todos sabemos que no se puede decir un *parral* de *higueras*.

L. B.

### NOVEDADES LITERARIAS

Alfredo R. Bufano, el poeta de "Misa de réquiem", publicará por intermedio de la Editorial Tor tres volúmenes que son el fruto de su estada en Mendoza.

Podemos adelantar que uno de esos libros de poesía, lleva una notable ilustración del escritor José Gabriel.

Marcos Fingerit; el poeta veinteañero de La Plata dará muy en breve su primer libro. Hemos leído algunas de las composiciones que integran el volumen y nos ha impresionado la pureza y la sinceridad que respiran. Son en su totalidad cantos a la madre y la emoción y la ternura que ha puesto en ellas nos dicen a las claras de su gran corazón.

Manuel Gálvez, el famoso autor de "Historia de arrabal", publicará una novela del ambiente turfístico titulada: *La pampa y sus pasiones*.

Héctor Pedro Blomberg, publicará un nuevo libro titulado "*Los pájaros que lloran*".

Pablo Suero, vuelve por su prestigio literario, tiene un volumen de cuentos en preparación.

El *Círculo de Autores* auspicia la creación de un sindicato de literatos que defendería los intereses de sus asociados.

SOBRE "TANGARUPA", PUBLICACION DE "LOS NUEVOS". EDITORIAL CLARIDAD

Tangarupá, que no es más que el nombre de un peligroso arroyo que cruza la campaña salteña allá por Palomas, ahora es tam-

## LOS PENSADORES

bién el título de uno de los libros de más envergadura criolla que se ha publicado hasta la fecha. Es tan nativo de nuestros campos, y tan representativo del ambiente nuestro que nos apresuramos a anunciarlo como un libro que merece entre nosotros rápida y calurosa circulación. La acogida que tendrá será cordial verdaderamente.

Además tendrá sobre el espíritu un efecto bastante saludable por cuanto la energía de su pintura contribuirá a la anulación de tanta literatura criolla insustancial, ficticia y ríspida, que todavía predomina con su gauchaje de polichinela, para aproximarnos a lo que constituye una sensación honda y verídica de la realidad obtenida por elementos constitutivos de un arte agudo, limpio y honesto. Hasta esa especie de abandono o desmadejamiento literario que se advierte en la prosa de este libro de Amorim, y que en España tiene su equivalente en las novelas de Pío Baroja, da un extraño vigor muy de ahora a los tipos y al contorno del episodio. Jamás los personajes se desvinculan de su escenario ni de su atmósfera, jamás la atmósfera ni el escenario dan contorno a personajes cuyos actos y palabras falsifiquen el ambiente. El drama — todo es drama en Tangarupá — tiene así una fluidez y un sentimiento que dominan al lector por su bravura.

Tangarupá no es una obra de gran tamaño físico, es una novelita de setenta páginas, dividida en doce capítulos. Cada capítulo constituye un cuadro de una serie con algo de valor específico y algo de valor genérico, que viene a ser el común denominador de la tragedia siempre latente. El desenlace es como un hachazo que de trozase uno de los cuadros e interrumpiese la serie de un modo brusco y desconsolador. A continuación para consolarlos o para llenar las ciento y pico de páginas de que consta el volumen, Amorim agrupa otros relatos que se desarrollan en el mismo ambiente, sin cambiar más que el asunto y los personajes. Es decir, la motivación del drama. El primero se titula "Quitanderas", el segundo, "El pájaro negro" y el tercero, "Los explotadores de pantanos". Saludemos este libro con emoción.

(De "El Plata", diario de Montevideo).

**DESPUES DEL ESTRENO.** — *Comentarios teatrales, por Octavio Palazzolo.* — Bajo este título ha reunido Octavio Palazzolo una serie de artículos de crítica y crónica teatral, que con motivo del estreno de obras buenas y de malas obras publicó en "La Vanguardia", cuando tenía a su cargo la sección teatros.

El libro de Palazzolo es una valiosa cooperación a la futura historia del teatro rioplatense.

La sinceridad con que han sido escritas las páginas que forman este libro, lo hacen doblemente interesante por su forma y por su fondo, desde que en esta época la crítica, como

el teatro, está convertida en un objeto más de explotación comercial.

La lectura de los comentarios teatrales de Palazzolo no han perdido su actualidad a través del tiempo transcurrido, porque el teatro se desenvuelve hoy en el mismo ambiente que ayer. Por esto es bueno tener presente las acertadas críticas reunidas en ese interesante tomo que lleva por título: *Después del estreno.*

Acusamos recibo de las siguientes publicaciones:

**ALERTA**, revista quincenal anticlerical y proletaria. — En la ciudad de Avellaneda ha iniciado su publicación la revista que motiva estas líneas. Hemos recibido los números 1 y 2. En ambos se pone de manifiesto un agudo espíritu de crítica social y política que anima a la dirección de "Alerta". Le deseamos a esta revista el éxito que merecen sus laudables propósitos.

**Crítica Social.** — Acusamos recibo de los números 1 y 2 de esta "revista quincenal del socialismo" que se propone "difundir la doctrina socialista y toda la información de interés para la causa política y gremial de los trabajadores y no perder tiempo en divagaciones doctrinarias".

Deseamos que estos propósitos sigan llevándose a la práctica dentro y fuera de las filas del viejo partido con el entusiasmo que han sido iniciados.

**Avenir**, revista quincenal ilustrada, de Villa P. Mitre (Bahía Blanca), números 5 y 6.

**Por la Verdad**, réplica a la obra del doctor Telémaco Susini, "Los problemas sociales y la Iglesia católica" por Máximo Fernández.

**Acción Universitaria**, publicación mensual de actualidad y política universitaria.

**Revista de Oriente**, órgano del comité "Amigos de Rusia". Números 1, 2 y 3.

**Acción Femenina**, revista científica, sociológica y espiritualista, número 36.

**Antología**, revista de derecho, filosofía, historia y letras, números 88 y 89.

**Juvenilla**, órgano mal redactado por los alumnos del curso de castellano de la Escuela de Adultos N° 2 del Consejo Escolar VIII, número 2.

**Guía mensual El Chauffeur**, órgano defensor de los intereses del gremio, pero llena de avisos ¡Hasta en la portada!

**Estudiantina**, revista mensual publicada por los estudiantes del Colegio Nacional de La Plata. Excelentemente presentada e inspirada en nobles propósitos.

**Prometeo**, revista de la asociación de estudiantes de igual nombre.

**Martín Fierro**, números 21 y 22, en los que se nota un leve descenso en la destilación venenosa.

**Repertorio Americano**, semanario de cultura hispánica, de San José de Costa Rica, números 6 y 7.

**¡Vivir!**, revista de cultura naturista, números 11 y 12.

# RECUERDOS DE LA VIDA DE ESTUDIANTE

Considero de interés llevar al papel estas sencillas evocaciones de un pasado no muy lejano y que por lo mismo está fresco en mi pensamiento.

Fuí alumno, hasta hace poco, de la Escuela de Comercio "Carlos Pellegrini", de la calle Chacras. Allí tuve oportunidad de conocer a muchos personajes que no me parecieron tales cuando pude comprobar cuán poco valían, a pesar de toda la importancia que se les daba.

Fruto de mi observación, son los cuadritos que siguen. No me guió al escribirlos el deseo de herir ni satisfacer el amor propio de nadie, sino, simplemente, recordar algunas figuras de las tantas que cruzaron en mi pintoresca, entretenida y sobresaltada vida de estudiante.

## MATEMATICAS PURAS.

Nuestro primer profesor de matemáticas, señor Cross, poseía unos bigotes que eran únicos en la escuela. Nosotros, irreverentemente, los llamábamos "mostachos".

De temperamento nervioso, era en extremo agitado. No permanecía quieto un solo instante.

Tenía la pretensión de conocer a sus alumnos por su apellido. Con ese fin, anotaba en la libreta de clasificaciones, al lado de cada nombre, su situación en el aula: 3ª. fila, 1ª. derecha, por ejemplo. Para desorientarlo y confundirlo, continuamente nos cambiábamos de banco.

Al tercer o cuarto día de clases, consultando previamente la libreta y señalando a un alumno, dijo, en tono que no admitía réplica.

—Usted es Ricardo Río.

—No, señor, soy Alvaro Prieto — contestó con extrañeza el aludido.

—Le digo que es Río — replica a su vez el profesor después de echar otra ojeada a la libreta.

—Pero, cómo voy a ser Río!

Malhumorado por el fracaso de su método, que consideraba infalible, se aplana los mostachos nerviosamente y mientras se dirige al escritorio agrega:

—Prieto o Río, cuente usted de tres en tres hasta cien.

Este era su sistema para enseñarnos la ciencia matemática que, como primerizos, tanto temíamos.

## LA BUENA LETRA.

El profesor de caligrafía, don Alfredo Biú, fué, quizás, el mejor calígrafo argentino. No

hacerlo, pero nosotros no exigíamos más. Veíamos su rostro que delataba la enfermedad que reía su organismo, que no tardaría mucho en llevarlo a la tumba, y guardábamos respetuoso silencio. Nunca nos hicimos pasibles de la menor observación por nuestra conducta en clase, pues nos comportábamos cual si estuviéramos en misa. ¿Cómo habíamos de tener el espíritu dispuesto a la broma y a la chanza, si junto a nosotros un dolor nos mostraba la dura realidad de la vida?

## UN MUNDO DE FENOMENOS.

Luciano E. Ford no nos convencía como profesor de física. Pero, ¿qué íbamos a hacer? Nosotros no elegíamos a los profesores. Si los eligiéramos...

Mientras hablaba simulábamos tomar apuntes de sus "ilustradas" disertaciones, pero, en realidad, lo que hacíamos era anotar las veces que repetía la palabra "¡buen!" y su frase favorita "un mundo de fenómenos". Casi siempre alcanzaba a decir más de cien veces "¡buen!" ¡Era un fenómeno!

"Cuando decimos *qué día pesado* no es que sea pesado, sino que, precisamente, es lo contrario". Así, por el estilo, eran sus perogrullas lecciones.

Un día afirmaba una cosa y al siguiente se contradecía. Al finalizar el curso poco o nada sabíamos de la materia, salvo aquello de que cuando algún objeto cae se debe a la ley de gravedad...

## SI TODOS FUERAN ASI...

En cuarto año el profesor de literatura fué el Dr. J. Alfredo Ferreira. ¡Qué buen maestro! Si así fueran todos...

El espíritu de investigación nos los despertó él, nadie más que él.

En la cátedra de historia económica argentina supo contagiarnos su entusiasmo por Mitre, de cuya obra era un ferviente admirador. Le debemos, además, el haber aprendido la historia del país, desprovista de los falsos oropeles de los entorchados militares y de las pesadas glorias de las batallas.

Cuando abandonó la docencia, justiciero descanso de una labor empeñosa y útil, lo hizo en silencio, apenado por lo que dejaba y por lo que se había ido para siempre.

Su amor por la juventud estudiosa lo demostró en innumerables ocasiones. Por eso, illegue hasta su retiro — donde rememora su vida intensa de maestro — el ferviente voto le simpatía y aprecio que le envió desde estas páginas en nombre de todos mis compañeros

## LOS PENSADORES

### UN MAESTRO A LA ANTIGUA.

Manuel Muñoz Iñiguez, tal era su nombre. Alto, delgado, de rostro enjuto, tenía un parecido asombroso con don Quijote de la Mancha.

Escatimaba las altas clasificaciones como si fueran piedras preciosas. Muy rara vez se dió el caso de que alguno obtuviera más de cuatro puntos. Sacar un cinco o un seis era quedar consagrado como genio.

No conversaba ni cambiaba impresiones con sus alumnos. Apenas un "buen día" dicho como por obligación y se dirigía al escritorio. Para hacer cesar los murmullos y cuchicheos de los que desatendían sus explicaciones, decía de una manera muy castiza *callar* y los alumnos *callaban*...

Amante del orden y del cuidado de los menores detalles, era en extremo ridículo. Para escribir un quebrado, poníamos primeramente el numerador, luego trazábamos la raya y después el denominador. Pues no, él quería que se trazara la *raíta primeo*. ¡Viva Andalucía!

### LA VIDA ES SUEÑO.

Dictaba ciencias naturales, en cuarto año, el Dr. Pedro Castro Escalada.

No era un buen expositor o la materia no se prestaba para ello. Lo cierto es que en su clase nos dormíamos.

Minutos antes de empezar, un portero cerraba las persianas que daban a la calle, dejando la sala en la penumbra, lo que, claro está, invitaba al sueño. Al profesor le molestaba la luz.

Comenzaba lo que llamaba "conferencias": "el cuerpo humano..." etc. Los únicos que tomaban nota eran los que se sentaban en la primera fila. Los demás, en la luna. En atención al sacrificio que significaba escuchar las conferencias y para no perjudicar siempre a los mismos, en cada clase nos turnábamos.

Sentíamos un gran alivio cuando, en medio del sopor en que permanecíamos durante los 45 minutos, oíamos: "seguiremos en la próxima conferencia". Estas seguían su curso fatal: penetraban por un oído y salían por otro y a veces ni siquiera esto, se perdían en la nada.

Nunca nos habló sobre la profilaxis de las enfermedades más comunes en la juventud. Quizás temió herir nuestros oídos con palabras prohibidas.

### HISTORIA MODERNA.

Con el Dr. José León Suárez estudiamos historia moderna y contemporánea. Acontecimientos importantes e interesantes nos los explicaba con claridad, precisión y buen humor envidiables.

En aquellas horas gratas al recuerdo, un alumno expresaba su opinión sobre tal asunto. Otro lo analizaba e interpretaba desde un

punto de vista contrario. Doctrinas e ideas chocaban en aquel ambiente, sin que nunca surgieran asperezas ni enconos. Y el maestro tenía para todos una palabra de aliento, un apretón de manos camaraderil.

Un condiscípulo nuestro era socialista. En todas aquellas oportunidades en que podía exponer las ideas que profesaba lo hacía con la fe de un convencido. Solamente el amplio espíritu de comprensión y de tolerancia del profesor hacía que ello fuera posible. Y ese buen amigo, no obstante la profunda disparidad de criterio, mantenía con el profesor las más cordiales relaciones. Aún más, fué su alumno preferido.

Con un sí no es irónico, cuando se dirigía a él, el profesor antepone a su apellido la palabra *compañero*. Y aquel reflejaba en su semblante una profunda satisfacción. Quizás fuera que imaginara hallarse en medio de sus camaradas, de los que como él luchaban por la causa de los humildes.

Suárez; al igual que Ferreyra, hizo de la cátedra tribuna de enseñanza que serviría no solamente para salir airoso en los exámenes, sino también para triunfar en la vida.

### IDIOMAS.

Estudiamos francés durante cinco años. En cada curso un profesor distinto y, por ende, un método distinto también. No bastando esto, uno poseía pronunciación parisiense, otro del norte de Francia, el tercero del sud, el cuarto hablaba con una velocidad estupenda que lo hacía incomprensible y el último era un criollo afrancesado.

Jorgito Cabral, en quinto año, después de un ligero examen, vió confirmado su temor de que no estábamos muy adelantados en la materia. ¿Qué hacer? Era imposible que nos enseñara en un año lo que no pudimos aprender en cuatro. Salvó la situación con un recurso heroico que nosotros aplaudimos con entusiasmo; clasificarnos con notas altas y pasar las horas contándonos aventuras galantes de la época de Luis XV.

Un día varios compañeros llevaron piedras de arena que habían recogido en una plaza cercana y cuando el profesor estaba lo más entregado al relato de una interesante aventura de aquella corte, desde lo alto de la galería del salón de actos, donde pasábamos las horas de francés, arrojaron un puñado de piedras que produjo un estrépito formidable, aumentado por la buena acústica del salón.

Extrañado por tan insólito suceso, suspendió su relato y fué en busca del director. Al no hallarlo retornó a su puesto, observándonos atentamente para individualizar a los autores. Vuelta la calma (después de la tempestad viene la calma...) en un momento inesperado prodújose nuevamente la andanada de piedras, semejando el derrumbe de un edificio. Ante la imposibilidad de descubrir a



los mal intencionados y temeroso de que se repitiera indefinidamente esos "petit" escándalos, abandonó el salón para no volver más... hasta la clase siguiente.

Nunca nos hemos reído tantos como aquel día. Y eso que había profesores que divertían a sus alumnos con más eficacia que los payasos de Frank Brown a los niños.

#### NATOGUEZTO.

Cuatro compañeros, unidos por una cordial e íntima amistad, a pesar de su diversidad de pensar en cuestiones políticas y sociales, formaron un grupo que denominaron con el título del epígrafe. Tan original y extraño nombre no deriva del griego ni del latín, ni siquiera del esperanto, sino que lo formaron con la última sílaba de los apellidos de sus componentes, en la siguiente forma:

PezzaNA  
FeiTO  
RodrÍGUEZ  
PriETO

Fundaron un periódico de pequeño formato que tuvo una vida muy efímera. Apareció un solo número y su edición está agotada.

Eran inseparables y merecieron la simpatía de todos, por la sana alegría que los distinguía siempre. Entre ellos se llamaban Natoguezto dejando de lado sus respectivos apellidos.

Obtenían las mismas clasificaciones, salían y entraban a clase siempre juntos. Dicen que la región de los genios es la región de los iguales. Ellos, si no eran genios, por lo menos eran iguales.

#### EL TAITA.

Subjefe de celadores — ahora es jefe en el turno de la tarde — para imponer su autoridad ante los muchachos, miraba con aire de desdén, pronunciaba las palabras recalcándolas e intercalando algún término rebuscado.

Se le temía y odiaba por la rigidez con que procedía, pues suspendía por el menor motivo. Nada valían para él las protestas ni los ruegos.

Las poses que adoptaba, de compadrito con cuello e inofensivo, hicieron que se le llamara "taita".

Ahora, dicen, es más tolerante y tratable. Le perdonamos en mérito a ello los malos ratos que pasamos, cuando, injustamente, nos hizo pasible de alguna de sus medidas dictatoriales.

#### HUELGUISTAS.

En el fondo de cada estudiante se oculta un huelguista. El deseo de holgar es innato en la muchachada de las escuelas y facultades. Son huelgas breves, pero que se repiten

con harta frecuencia y por la causa más fútil. No hay carneros ni crumiro, pues en esos remedos de movimientos revolucionarios no se juega ningún principio ni se tiende a conquistar derechos o anular privilegios.

Cuando se usó esa poderosa arma para mejorar las condiciones del estudiantado, entonces sí que el entusiasmo de las primeras jornadas decaía día a día, ante la resistencia de las autoridades, viéndose obligados a desistir de sus propósitos los que permanecían aferrados a la esperanza de triunfar.

Esos que traicionan su propia causa no lo hacen por espíritu reaccionario, sino porque les falta el coraje de afrontar las situaciones difíciles donde se juega el todo por el todo.

#### CONDISCIPULOS.

Fueron, con raras excepciones, muy buenos compañeros y se comportaron siempre dignamente. Sus espíritus juveniles, incontaminados, los hacía darse por entero, sin cálculo.

Algunos se retiraron antes de concluir sus estudios, otros desistieron de seguir los cursos universitarios y muy pocos continúan estudiando para obtener el título de doctor.

Uno de ellos, Ricardo Rampinini, se fue demasiado pronto y para siempre. Buen camarada y leal amigo, sea este recuerdo un homenaje a su memoria.

#### PUNTO FINAL.

Al evocar aquellos tiempos idos, junto al mal profesor que nada o poco enseñó, quise destacar a algunos que supieron honrar la cátedra y fueron útiles en la tarea que desempeñaron.

Son juicios sinceros y que reflejan fielmente la verdad, pues los he escrito serenamente, no influyendo para nada el recuerdo de alguna mezquina o excesiva nota.

A los malos, mi repudio; a los buenos, mi reconocimiento.

*Lisandro Gruni.*

## PECADORA

No me quieras así que ma das frío...  
Decíame con voz llena de angustia.  
Mi cuerpo trocarás en rosa mustia  
y tras de tu pasión vendrá el hastío.  
No me quieras así... que nada dura,  
el físico placer que pueda darte,  
si tengo para ungrite y para amarte  
el corazón y el alma hecho ternura...  
No me quieras así que me das frío...  
vencerá mi pureza a los antojos  
que en tus deseos férvidos palpitan...  
No la quise mirar... cayó... ¡y ahora,  
las mujeres la llaman pecadora  
y los hombres a mí me felicitan!

*Albino Rey.*

# CARTAS ABIERTAS

*Nadie se ha de molestar por lo que aquí se diga con un poco de buenhumor*

*Una linda carta.* — “Señor Director: Perdon! Ha leído usted las cosas de tilingo del Paúl Sondag sobre Víctor Hugo en “La Nación”? Me podría informar quién es ese señor Alborno que escribe en “La Razón” sobre Unamuno, tengo cinco balas para él. Sufre de idiotez crónica; además es un pazguato y tal vez martinfierrista.

¿Qué le parece las tilinguerías de Paul Sondag y la venida de Gómez de la Serna Sarrasani? etc., etc.”

—Estimado “vigilante de la esquina”. No sabemos quién es Alborno. Tampoco queremos saberlo. No nos interesa la existencia de un imbécil más o menos. Bravo por lo de “Gómez de la Serna Sarrasani”. Es una acertada.

*Ego Sum.* — Con un maestro de escuela  
Un poco torpe y cazarro  
Algunas veces discurro...  
 (“De este modo se consulta  
Un burro con otro burro.”)

*A. R. Capi.* — Joven: no sea tan tremebundo. Ni tan incógnitamente profundo, porque el incauto mundo, tiene más de un escollo in-mundo.

*Alberto Hidalgo.* — “La ciencia y el hombre” y “La Ciencia y la vida” que usted dedica a LOS PENSADORES nos ha resultado un tanto confusa como ensayo filosófico. Díganos, ¿es usted el ex director de Eldorado, o se trata nada más que de un homónimo. Si no es usted el Hidalgo auténtico y venenoso, cámbiese de nombre si no quiere que lo apaleen.

*M. C., Santiago del Estero.* — Vea, caballero del ideal, sus “harapientos sin sustentos” no le van a agradecer nada sus versos. Mande algo para darles de comer.

*S. S. P.* — Tiene usted razón, mucha razón. (Y pues estudiemos la Razón.

A ver si nos descubre la Verdad).

Entre otras cosas, ¿qué significan esos números 11 al fin de cada línea? ¿Es el número de sílabas de los versos?

*A. H., Rosario.* — No se impaciente tanto porque no se ha publicado todavía su colaboración. A cada... le llega su San Martín.

*T. L., Buenos Aires.* — Muchas gracias por su adhesión. Lo que usted nos propone ya lo tenemos planeado y esperamos llevarlo a la práctica bien pronto, tan pronto como nos sea posible. Queremos hacer ese concurso, que usted nos sugiere, pero mucho más amplio. “Los Nuevos” será la mejor colección de obras de los nuevos escritores.

*A. A., Junín.* — Su trabajo está bien. Se publicará.

*Patroclo.* — Su desahogo contra el concurso de la Casa Gleizer está bien, pero no tiene la transcendencia que usted le da. Ya es demasiado público y notorio como procede ese juicio. Déjelo que siga hasta que le aparezca el hijo de la viuda. Y otra vez no adopte un pseudónimo especial para decir la verdad, firme usted como acostumbra a hacerlo siempre, don R. R. C. Ya ve si somos brujos, le hemos adivinado las iniciales de su nombre y apellido. ¿Verdad?

*F. R., San Martín.* — Su poesía no se publicó por la última razón que usted supone. Su cuento *Madre* se publicará.

*M. A., Arroyo Seco.* — Su *carta abierta* a Lugones no se publica porque ha transcurrido mucho tiempo de la fecha en que apareció el artículo que le inspiró su carta.

*J. A. B., Rosario.* — *El vencido* es un relato que no merece su publicación, porque está mal confeccionado y en consecuencia usted sería el más perjudicado. Como usted tiene buenos propósitos debe intentar otras cosas y si es posible abandonar esa forma imperativa de la primera persona para la descripción de cosas ajenas.

*R. E. C.* — Muy bien su descripción de Mamucho sobre la fábrica. Se publicará.

*J. F. Ciudadela.* — Usted puede hacer otra cosa mucho mejor de lo que ha hecho esta vez con *Un canto a la vida*. Este trabajo no estaría mal para otra revista. Para esas publicaciones que explotan las bajas pasiones de las modistillas su *Canto a la vida* sería un buen plato, pero para nosotros su trabajo es bastante malo. Fíjese usted en lo que se publica en esta revista, compárelo con lo suyo y verá que enorme distancia notará en la forma y en el fondo.

*Y. P., Capital.* — Vea amigo: la cuestión que a usted lo tiene intrincado no llega a ser una gran cuestión. Se trata para y simplemente de principios. Los de un bando piensan con la cabeza y los del otro lo hacen con la suela de los botines. Compare usted la obra de unos y otros y se convencerá de que se habla con fundamento.

*R. L. V., Capital.* — Solamente la segunda parte de su cuento, *El Héroe*, está bien, pero como es imposible publicar una parte sin conocer la otra, queda su cuento sin ocupar estas páginas. Si quiere puede Ud. mandar otra cosa, y escriba por un solo lado las carillas.

*F. L.* — Tendremos en cuenta las indicaciones que Ud. nos hace referente a la publicación de *Los Poetas*.

JUAN ANTONIO SOLARI

# COSAS Y TIPOS

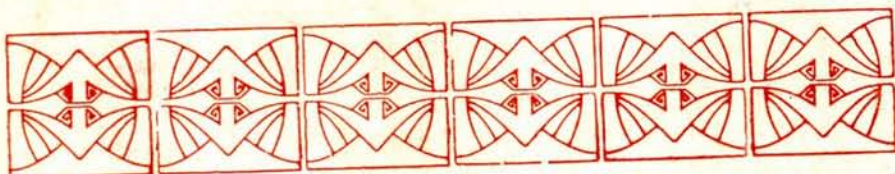


LOS CONTEMPORÁNEOS  
EDITORIAL CLARIDAD

BUENOS AIRES - MCMXXV

Donde haya comprado **LOS PENSADORES** puede Vd.  
adquirir este libro.

Un tomo de 100 páginas **40 centavos.**

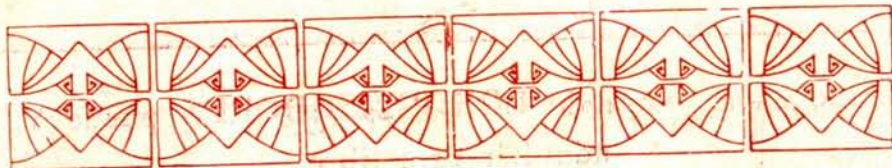


**PIDAN** 

“QUILMES

BOCK”

**LA MEJOR CERVEZA NEGRA**



Impreso en los talleres de M. Lorenzo Rañó y Cía., Independencia 3533, para la «Editorial Claridad»